

EDITORIAL



Entre el último boletín publicado y esta Revista transcurrió un tiempo, tiempo que nos permitió repensar y modificar el modo, el formato de dar a conocer lo que hacemos.

Este año nuestro Centro Oro cumple 35 años y lo festejamos recordando nuestros orígenes en el Centro Médico Psicológico Buenos Aires.

Como actividad científica del año convocamos a “conversar” a nuestros maestros acerca de “la transmisión de la experiencia”; invitamos al Dr. Octavio Fernández Mouján, a la Lic. Rosa Kononovich y al Lic. Claudio Glasman. A ellos un profundo agradecimiento por sostener la capacidad de seguir interrogándose y mantener el espíritu inquieto.

También nos reunimos para conmemorar el fallecimiento del Dr. Mauricio Goldenberg para recordar lo que fue la experiencia del Hospital Lanús y pensar sobre su vigencia en la práctica clínica e institucional actual. Para eso realizamos una mesa redonda: “Goldenberg, el Lanús: sus marcas en la práctica de hoy”, invitamos al Dr. Valentín Barenblit (de Barcelona), al Dr. Octavio Fernández Mouján y al Dr. Edgardo Gili quienes compartieron esa experiencia innovadora.

Para fin de año realizamos nuestra Jornada Anual, en esa ocasión, una vez más compartimos nuestro trabajo con invitados con quienes pensamos juntos, desde el psicoanálisis y la filosofía la “Experiencia y transmisión. A 35 años de la Fundación del Centro Oro”.

Quiero agradecer a quienes tomaron como propio nuestro proyecto de trabajo a lo largo de este año y decidieron acompañarnos.

Mónica Rodrigo
Directora Científica

MESA CIENTÍFICA. LA TRANSMISIÓN DE LA EXPERIENCIA.

El puntapié inicial

Mónica Rodrigo



Se nos ocurrió dar el puntapié inicial, ponernos a trabajar con el tema que hemos elegido como sesgo de trabajo para todo el año: “*La transmisión de la experiencia*”.

El tema surgió luego de varios encuentros donde pensamos de qué manera poder invitarlos a pensar con nosotros y creemos que esto será posible en la medida en que podamos contagiarles nuestras ganas, nuestros interrogantes, en definitiva: pensamos la actividad en la medida que nos motorizó a nosotros.

Vamos a compartir con ustedes algunas cosas que estamos trabajando: muchos interrogantes nos acompañan: ¿sé transmite? ¿cómo? ¿cómo se transmite a través de la experiencia? ¿hay transmisión, de qué? ¿toda experiencia es transmisible? ¿la transmisión está ligada al saber? Este y otros interrogantes irán planteándose a lo largo de todo el año, también aquí, varios de nosotros los traemos a la charla.

Nuestra propuesta es ponernos a trabajar y en el intento: ponerlos a trabajar... para esto se nos ocurrieron algunas actividades que iremos proponiendo a lo largo del año:

Un espacio de “Conversaciones”: charlas con maestros, referentes, aquellos con quienes estudiamos, supervisamos... una charla íntima, donde “de otro modo”, nuevamente, algo de la “transmisión de la experiencia se produzca”,

Un homenaje a Mauricio Goldenberg, al cumplirse un año de su fallecimiento, donde habrá varios invitados que también hablarán de la experiencia: en ese caso del Lanús, de lo que fue introducir el psicoanálisis en un servicio

de salud mental.

Las Jornadas de los 35 de nuestro Centro: donde nuevamente intentaremos que algo de la “transmisión de la experiencia se pueda transmitir” vía ciertas marcas que quedan como prolongación de ese acto primero, fundante.



Obstáculos en la transmisión de la experiencia del inconsciente

Laura Carrioli



En la Conferencia 23 Freud hace referencia a la gran dificultad de dar una visión del psicoanálisis a quien no es psicoanalista. Dificultad que, podríamos pensar, también se encuentra entre los psicoanalistas en el intento de transmitir cada experiencia analítica.

Volviendo al texto de Freud dice: “...debimos advertir y proclamar como una convicción nuestra que nadie tiene el derecho de pronunciarse sobre el psicoanálisis si no ha adquirido determinadas experiencias que solo pueden conseguirse sometiéndose uno mismo a un análisis”.

Es decir en el hacer, en la acción es que puede empezar a transmitirse algo de la experiencia del inconsciente, eso que nos ocurre allí a paciente y analista.

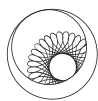
Sin duda que esto conlleva obstáculos, pero así como el análisis es por allí por donde avanza, podemos pensar que la transmisión sigue ese camino.

Si pensamos en la obra de Freud vemos que es a partir de las dificultades con los pacientes, a partir de una práctica que puede transmitir algo de la experiencia analítica.



Transmisión y experiencia. Un quehacer haciéndose.

Fernando Pequeño



La primer pregunta que se nos ocurrió al pensar sobre este tema es la siguiente: ¿qué es la transmisión de la experiencia?. Se puede ampliar más la pregunta para recortar su especificidad, es decir, circunscribirla a nuestro campo. Así quedaría entonces: ¿qué es la transmisión de una experiencia en nuestro trabajo como analistas?.

A partir de esta pregunta inevitablemente surgen otras: ¿Qué es transmitir? ¿es comunicar? ¿se trata de otra cosa, cuando nos referimos a transmitir una experiencia?.

Como esta primera mesa científica la hemos pensado como una introducción al tema para trabajar a lo largo de este año, es inevitable que el comienzo este ligado a preguntas como las que hice al principio.

Cuando hablamos de transmitir no hablamos de transmitir *la experiencia* ya que lo que vamos a contar a otros, a nuestros pares, es nuestra experiencia particular por ejemplo de recortes de un tratamiento. Es decir, hablamos de lo que nos aconteció en una situación particular y la queremos compartir con nuestros colegas.

¿Por qué diferenciar transmisión y comunicación? Porque la comunicación supone un emisor y un receptor, si esto fuese así de simple. En cambio, cuando hablamos de transmisión esta *el que dice, cuenta o relata una experiencia*, y que dice más de lo que quiere decir y como contrapartida esta *el que escucha* y escucha más allá (es inevitable) de lo que le dicen.

Escucha el relato con oídos abiertos, como un hereje, dispuesto a rebatir, discutir, dialogar con el que esta transmitiendo una experiencia.

Hablamos de herejía porque sería una buena forma de escuchar un relato, no dando por sentado nada de lo que se le esta contando.

Al no tratarse de una comunicación estamos convencidos que estará poblada de malentendidos, obstáculos, equívocos, dobles o múltiples sentidos. ¿Porque decimos esto? Porque una transmisión esta hecha de palabras y estas están afectadas por los tropiezos a los que nos enfrenta el lenguaje cuando hablamos. Con sus fructíferos tropiezos la enriquece, promueve al dialogo y a la discusión.

Leyendo algunos textos para esta presentación nos encontramos con una frase de Lacan sobre el concepto de inconsciente que es aplicable a la idea de transmisión. Él dice que el inconsciente "*cobra forma acabada realizándose*". Creemos que la transmisión de una experiencia del inconsciente también va cobrando forma realizándose.

La idea más popular sobre la noción de experiencia esta asociada al tiempo. Cuando hablamos de alguien que tiene experiencia le reconocemos un conocimiento (un saber) sobre cosas de la vida.

A alguien experimentado o con experiencia acudimos cuando necesitamos un consejo, buscando de palabras de aliento, una autorización para tomar una decisión o, simplemente, un respaldo.

Pero aquí no hablamos de esa experiencia en un sentido común. En cambio nos referimos a la experiencia dentro del campo de una práctica. La transmisión de una experiencia que es única, que no es repetible ni acumulable.

Tal vez no se trate de un cúmulo de conocimientos o de un tiempo vivido sino de la transmisión de un quehacer, de un *quehacer haciéndose*.

Porque la tentación es que la pensemos como algo acabado, realizado de una vez y para siempre. Y no se trata de eso sino que, al tratarse de una transmisión a otros sigue realizándose, se pone en discusión o para su discusión “lo que digo” junto a “lo que se dice de lo que digo”.

La pensamos como un dialogo: “Me dirijo a ...”; “Dialogo con ...” mis maestros, con mis pares. Este es, creemos, el meollo de lo que es la transmisión. Lo que no es poco. En este sentido transmitir una experiencia es poner a consideración un texto en construcción (¿habrá alguno que no lo sea?) una obra inacabada, ideas a considerar.

Esto nos recuerda a Freud que en toda su obra señala, remarca que sus hipótesis son postulados provisorios. No por eso pierden su fuerza. Sus ideas se ofrecen al dialogo en tanto postulados provisionales: ¿porqué? Por que era lo que podía decir sobre lo que pensaba hasta cierto limite. Limite dado por la experiencia personal en su campo, en su práctica.

Este limite no significa una inhibición para seguir, para continuar con el dialogo; más que un inhibidor es un motor (su deseo) para seguir, para continuar.



Dificultades. Acerca de la transmisión en psicoanálisis.

Adriana Cignoli



Para comenzar a escribir algo en relación a lo que nos convoca me dirigí al diccionario y comencé por lo primero:

Transmisión, el diccionario nos dice: “acción de transmitir y su efecto: la transmisión de un derecho”. Transmisión de un derecho, voy a derecho y nos dice: “conjunto de las leyes y disposiciones que determinan las relaciones sociales desde le punto de vista de las personas y de la propiedad”.

Me quedo con estas dos definiciones y sigo buscando tomando algunas de las preguntas que planteó Mónica ¿Qué se transmite? Fui esta vez al texto de Freud “Moisés y la religión monoteísta” *Punto E* al que llama *dificultades* donde nos habla del trauma y sus procesos psíquicos:

“Las impresiones traumáticas de los traumas tempranos ó no son traducidas a lo preconciente ó son trasladadas pronto hacia atrás, por la represión, al estado-ello. Sus restos mnémicos son, entonces, inconscientes y producen efectos desde el ello. Creemos poder perseguir bien su ulterior destino mientras se trate de algo vivenciado por uno mismo (selbsterlebt vivenciado por sí mismo). Pero una nueva complicación sobreviene si reparamos en la probabilidad de que en la vida psíquica del individuo puedan tener eficacia no sólo contenidos vivenciados por él mismo sino otros que le fueron aportados con el nacimiento, fragmentos de origen filogenético, una herencia arcaica”.

Más adelante: “En el trabajo analítico cuando estudiamos las reacciones frente a los traumas tempranos, con harta frecuencia nos sorprende hallar que no se atienen de manera estricta a lo real y efectivamente vivenciado por sí mismo, sino que se distancia de esto de una manera que se adecúa mucho más al modelo de un suceso filogenético y, en términos universales, sólo en virtud de su influjo se puede explicar”.

Para terminar nos aclara que para Freud el papel relativo que cumplen en la vida anímica la herencia y la experiencia fue un tema recurrente desde sus primeras épocas, pero en especial, la posibilidad de heredar efectivas vivencias ancestrales sólo fue abordada comparativamente tarde. El problemas de la transmisión de esas vivencias se presentó, forzosamente en “Tótem y Tabú” (1912-1913) donde Freud se pregunta ¿Cuáles son los medios y caminos de que se vale una generación para transferir a la que sigue sus estados psíquicos?.

Quisiera que no olvidemos que Freud a este apartado lo llama *dificultades* y creo que es un término que no se puede hacer a un lado cuando hablamos de la transmisión.

Haiku. En el marco de poesía y psicoanálisis.

Esteban Barenboim



Preguntas. Hace quince años que me dedico a la psicología clínica, con orientación psicoanalítica. Una vez comentaba un colega sobre un paciente que, hacia el final de la primera entrevista le preguntaba por el tratamiento “¿Cómo cura el psicólogo?, ¿Medica?”. Luego de una extensa explicación por parte del terapeuta el novel paciente dice: “¡Ahh cura de palabra!” ¡Que diferencia y cuánto más dice “de palabra” que “con palabras”! y que distintos destinos depara ese decir según la lectura que realicemos. Hoy día que lo importante aparece por sacar conclusiones, llevar adelante protocolos, alcanzar objetivos y lograr liderazgos continuo preguntándome por las palabras y por la “forma de decir” ¿Si a través de ellas y como son dichas producen cambios –si el cambio no es una palabra demasiado abarcadora para el trato con la subjetividad?. Otras veces mi inquietud se extiende y llego a preguntarme ¿existe el cambio? y me sereno pensando a que nos referimos con “cambio” o ¿si el “cambio” el cual quiere lograr el paciente es análogo al tratado por el terapeuta?. Pero haya o no cambio o como llamemos a lo que se va produciendo en un proceso de psicoterapia o un análisis de lo que no podemos dudar es del recorrido que se realiza; y, a este recorrido lo llamaremos experiencia, experiencia única y singular porque en ese movimiento de un punto a otro punto o de un momento a otro momento las cosas no han quedado como eran al comienzo. En esta onda expansiva de interrogantes incluyo la formación del terapeuta y su labor docente, ¿es de este orden de experiencia? ¿Negamos la afirmación: La formación esta basada en transferir conceptos?¿Cómo pensamos la comunicación y transmisión en nuestra practica? ¿Por qué es tan difícil en un ateneo compartir el recorrido de un paciente? Logramos informar, cuantificar, medir, recabar y recolectar datos, pero...

¿Nos enfrentamos a lo imposible de decir, a lo inefable e inasible?.

Incertidumbre. Sobre la escritura. ¿Cómo escribir sobre algo que presento como inasible, incomunicable? ¿Seleccionando, eligiendo palabras? Surge la figura del escultor cincelandando, esculpiendo dando forma a la obra que lo sobrepasa, una palabra tras otra, quizás volviendo sobre los mismos términos pero el instante es otro. Simultáneamente al construir –una paradoja- resta y pule. La figura del escultor se mantiene, este trabaja sobre la roca bruta activamente pero con delicadeza y detalle... “el niño observó durante horas y horas al escultor en su taller, en el más profundo de los silencios, hacia el final preguntó: ¿Cómo sabía que se escondía un caballo bajo esa piedra?” ¿Sabía?.

La palabra que nos convoca y de la cual quiero hablar es “Experiencia”. ¿Por qué hablar? Porque hace un año presenté en una mesa con colegas de mi mayor estima la apertura de la temática científica del año 2007 de la institución “Experiencia y Transmisión” y para desarrollar mi presentación hablé sobre haiku. Un haiku en particular.

Haiku es poesía Japonesa. Poema breve. Breve de tres versos. Versos de estructura estricta. Estricta de 5/7 y 5 sílabas, 17 sílabas en total (para los Haijin - poetas del haiku- no para los traductores al castellano). Podría decir breve por el rigor extremo de medida obligada, pero también breve porque “captura un momento único y se pierde en el infinito” o un “gesto mínimo que evoca terrenos muy amplios” según K. Stahl “-la forma del haiku- está encargada de fijar y comunicar algún momento inefable pero universal de la vida”. Para Octavio Paz “El haiku es ejercitarse en el arte de despedirse para, así, ya ligeros, aprender a recibir” siendo el recorrido del haijin el de un extraño “sembrador de poesía” que -agrega A. Silva- nunca se queda a esperar los frutos de su obra. El resultado de sus pasos no es más que dar otro paso adelante y alejarse. O sea “momento único, inefable pero universal, gesto mínimo, siembra para despedirse y dar otro paso”. Como en este verso de Issa:

El gatito
que atrapa un momento
la hoja en el viento

o el instante capturado por Nikyu

Instante
entre la luna que se va
y el sol que llega
(Libélula)

¿Es necesario que esté la palabra explícitamente mostrada o indicada para señalar sobre lo que se habla? Por ejemplo nombramos “instante” y hallamos la palabra “instante” descubramos el poder de la alusión o la evocación en este otro Haiku de Basho:

¡Es admirable
aquel que no piensa: “La vida es efímera”
al ver un relámpago!

También poetas occidentales incursionaron en el haiku como Borges:

Hoy no me alegran
los almendros del huerto
son tu recuerdo

Ubiquen el contexto: Mesa científica, presentación de la temática anual de la institución, el tema “Experiencia y Transmisión”, el publico: colegas – en su mayoría psicoanalistas. Comienzo hablando sobre poesía, poesía japonesa “se cultiva en forma autónoma en el Siglo XV, pero fue en el Siglo XVII cuando el haiku sentó sus bases reales en la literatura oriental gracias a Basho y sus discípulos...el haiku se constituye por dos dimensiones heterogéneas de la experiencia humana: Poesía y Zen, la escritura la hace confluír en un único texto con constantes temáticas...”.

Abrir. ¿Desarrollar toda está información para hablar sobre “Experiencia”? El termino en su devenir ha derivado –desde su raíz latina en el año 1200 donde señala (Sugiere?, Insta?, Invita?, Indica?) “intentar”, “ensayar”– en diversos sentidos por la incursión de variadas teoréticas filosóficas, científicas, artísticas. Pero más que adecuarnos a la representación conceptual adentrémonos en ese territorio, silente, umbral donde situamos la dificultad de lo no posible de comunicar –en el sentido de explicitar– allí surge el encuentro con la poesía, en este caso la poesía japonesa, el haiku, con un poema en particular que bajo la “simplicidad y eliminación de todo artificio y austeridad sublime” alude, evoca lo inasible, abriendo.

A continuación tomé una frase de Basho. Matsuo Basho quien sentó las bases reales en la literatura japonesa del Haiku, no se llamaba así, Basho, sino que su apellido era Kinsaku pero cuando empieza a escribir poesía y a independizarse como poeta –deja su clase, deja su localidad, deja su nombre– al recibir por un mecenas una choza junto al río donde se va a afincar definitivamente, sus discípulos plantan un árbol de bananas (basho) y dijo “Me llamaré Basho”; la frase a la que me refería dice así “No busco el camino de los antiguos. Busco lo que ellos buscaron” podríamos acentuar –y acentuar aquí es hacer tema– que entiende Basho por búsqueda o a qué se refiere con “antiguos” –que otra edición traduce como “sabios”– un llamado a desplegar sobre los antepasados, las fuentes, los ideales de vida senderos más que interesantes. Pero no, indaguemos sobre el “camino”. Si hay algo que caracteriza a los haijin –hombres del haiku, los poetas nómades– “es que se la pasaban caminando” como dice A. Silva “los poetas del haiku hacen tema del camino” y tienen un modo peculiar de enfocar su anecdotario...limitándose a transmitir lo que en su circunstancia consideran más habitual...Viven una experiencia inédita en tanto que singular y procuran expresarse con palabras...”. Entonces: Camino como “aquello de lo que se

habla”; se habla a través de lo escrito, escrito inherente al recorrido, escrito a modo de poesía; poesía que manifiesta y en ese manifestar evoca lo no manifestado, lo inasible. Un poco más que en ese tránsito abre, libera, desprende, conmueve. Conmoción de lo propio a través de lo otro que somos nosotros.

Como en este Haiku de Iso ¿a qué alude la “primavera”?

Hasta mi esposa
parece una visita
en la casa flamante
de la primavera.

O ¿Cómo leemos ese “son” hacia la lejanía en este otro haiku?

qué frescor de ese son
cuando por fin se aleja
de la campana.

Será Roland Barthes quien con palabras claras y simples nos enseñe a diferenciar y caracterizar el haiku de nuestra literatura occidental de “ese sentido vital, liberado donde el símbolo, la metáfora y la lección cuestan casi nada, apenas algunas palabras allí donde en nuestra literatura solicita ordinariamente un largo trabajo retórico... Occidente humedece todas las cosas con el sentido” así también nos da lugar llegando este punto del recorrido a lo que inicialmente me animó a indagar sobre la “experiencia” tras el título de “Haiku. En el marco de Poesía y Psicoanálisis” y es este haiku, este haiku en particular:

¿Lo de hoy?
Caminar en primavera
Y poco más.



Bibliografía

- Carriere, Jean Claude, *El círculo de los mentirosos*, Editorial Lumen, 2001
Jabes, Edmond, *El libro de las semejanzas*, Editorial Alfaguara, 2001
Kazumi Stha, Anna; Chamorro, Rodríguez, *Ecós entre el Psicoanálisis y la literatura*, Cuadernos del Inst. Clínico Bs. As. 2005
Paz, Octavio, *Versiones y Diversiones*, Editorial Galaxia Gutemberg, 2000
Silva, Alberto, *El libro del Haiku*, Editorial Bajo la Luna, 2005
Borges, Jorge Luis, *Obra Poética*, Editorial Emece, 1989
Aguirre, Basho, Barthes, Cage, etc.; *Haiku*, Editorial Leviatán, 1997
Moliner, Maria, *Diccionario de uso del español*, Editorial Gredos, 1998

Conversación con Octavio Fernández Mouján

Interlocutora: Mónica Rodrigo



Vamos a iniciar este espacio de “Conversaciones” junto a Octavio Fernández Mouján, Presidente Honorario de nuestro Centro. Contáanos Octavio ¿dónde estudiaste, con quién comenzaste tu formación?

Ante todo quiero decir que estoy en una mezcla de... emoción... tengo acá frente mío la imagen de Mauricio Goldenberg, esto crea un clima muy particular ...Mirá, la formación en mi carrera es muy loca, va de acuerdo a mi especialidad si querés... porque yo cuando me recibí de bachiller, elegí medicina. Pero elegí medicina un poco porque era malo en matemáticas, malo para literatura...Entonces dije “bueno, qué me queda”. Y había un profesor de anatomía en el colegio, (yo estudié en un colegio de los jesuitas), que siempre me había impresionado. Y bueno, me metí a medicina. Y acá viene un cuento muy íntimo... Cuando yo entro en la carrera de Medicina, en cuarto año dejo, luego de leer un libro que se llamaba “Los santos van al infierno”. Creo que es el único libro con el que lloré desde que empecé hasta que terminé de leer. Era un libro que se había escrito en la época en que existían los sacerdotes obreros. Así que dije “no, no, esto es lo mío”, y dejé Medicina, para dedicarme a eso...A vivir en las villas como ellos. Por supuesto las mujeres fueron las culpables. Yo dije: “el celibato no es para mí”. Falta algo muy importante que fue que cuando mi madre murió –yo tenía quince años- me preguntó “¿Qué vas a seguir?” y yo le dije “no sé mamá todavía...”. “Yo te veo médico o sacerdote” Creo que fue una marca, que como sabemos todos los que estamos acá presentes, te deja impactado para toda la vida. Bueno terminé medicina, hice la residencia clínica-médica, gracias a la entrevista porque mis notas eran malísimas. Yo fui disléxico... yo soy médico porque Dios quiso, aprobaba ahí raspando, tenía que estudiar a los gritos. El asunto es que me costó recibirme de médico, año a año pero me recibí. Entonces cuando lo logré dije “bueno, voy a

hacer una residencia”, en el mejor lugar y cuando el Dr. Lanari me entrevistó le dije “mire doctor, yo vengo pero mis notas no son buenas”. “No importa, hagamos la entrevista”. Y me metió adentro. Era en el Instituto de Investigaciones Médicas del Hospital Tornú. Me aceptó por la entrevista... Así que mi primera especialidad fue clínica médica, ahí me intereso por la neurología... Y fui lentamente girando de la clínica médica, (fueron tres años) a la neurología.

Alfredo Lanari vio más allá de las notas, eso se lo agradezco de por vida pues levantó mi autoestima. Porque una cosa es ver a una persona por lo que tiene, otra cosa es ver a la persona por lo que es. Después hubo otra persona que encontré en mi camino, fue el Dr. Raúl Usandivaras entonces, me decidí definitivamente por la psicología y el psicoanálisis, formé parte de su grupo y él, me dijo un día: “vos tenés que ir con Mauricio Goldenberg”. Y ahí lo conocí, me fui a Lanús, eso ayudó a definirme como psiquiatra, en el Lanús había mucho psicoanálisis...yo todavía no había empezado en la APA. Entré estando en el Lanús, Goldenberg me convenció. La cuarta persona que influyó en mi carrera es la más extraña de todas. Me la presentó un compañero: Enrique Lonfreda, me dijo: “Conocí a un tipo en el subterráneo, extraordinario”. Le digo “¿cómo es?”, “me vio leyendo Freud y se me acercó diciendo ‘uh yo a Freud lo conozco, lo leí en tal año, fui de los primeros que leyó a Freud acá...’”. Resultó que ese era Edmundo Roca. Era un filósofo autodidacta, que había estudiado creo que hasta cuarto grado, y sabía de todo. Sabía filosofía, epistemología, religión, historia de las religiones...y psicoanálisis una barbaridad. Y me enganché con él, toda la vida, hasta cuando estaba viejo y ya no podía enseñar. Bueno, esos son mis maestros. Esos son los que me vieron a mí y no vieron “la locura” que llevaba.

Son los encuentros que uno tiene en la vida, algunos los dejás pasar, pero cuando no, te marcan la vida!!.

Sabemos de tus inicios en el Hospital Lanús... cómo fue trabajar allí?

Lanús era un lugar muy particular. Primero era un lugar único, era la primera vez que yo hacía una experiencia pionera. Goldenberg fue un pionero, se adelantó a la época. Decidió meter un servicio de psiquiatría, cosa que en esa época era una locura, que a nadie se le ocurría, en un hospital general. Eso ya era muy importante, mezclar la medicina con la psiquiatría. Además en el servicio había un jefe de psiquiatría y había un subjefe de neurología. Así que en realidad me sentí muy cómodo...Lo que pasa es que en Lanús el enfoque que se tenía frente al paciente era muy particular, no era un enfoque donde venía un paciente y se lo recibía como tal sino que participábamos. Ubíquense, Lanús, en esa época era un barrio humilde con algunas villas cercanas. Hubo

una experiencia clínica comunitaria, donde un grupo nos fuimos a trabajar a una villa que estaba cerca del hospital.

¿Cómo se conformó el equipo de trabajo?

Médicos eran básicamente los que lo fundaron, el primer grupo. Pero enseguida entraron psicólogos, psicopedagogos, asistentes sociales. Se fundó, a fines de la década del '58, para mí la década del Lanús es la década del '60... cuando empezamos el '70 ya se empezó a embarrar. Les cuento que una de las causas por las que Goldenberg se fue, se empezó a politizar todo, y eso a él no le gustaba. Yo me quedé un año más, porque lo quise acompañar a Valentín Barenblit, él me pidió... eso fue en el '72, y en el '72 fundamos el Centro Oro. Lo característico de Goldenberg era su modo de enfocar la clínica: venía el paciente, su familia, el barrio. El no tenía ningún prejuicio, tenía un diálogo extraordinario con psicoanalistas, conductistas, médicos, etc. El que tenía un prejuicio ahí estaba sonado, no soportaba estar ahí... Ahí lo que interesaba era el paciente.... A los congresos íbamos en patota, porque sabíamos que "la patota de Lanús", generaba en la psiquiatría de ese momento una transformación, éramos lo peor de lo peor... Íbamos unidos, nuestros trabajos eran realmente originales. Cuento una anécdota que da cuenta del afecto que compartíamos con Mauricio: Éramos un grupo humano, así que como todo grupo humano había celos, envidias, macanas... Entonces un día le dicen: "che, Octavio hace locuras, hace cosas raras". Entonces él le dijo: "Lo único que te pido, es que lo veas trabajar... él hace cámara tal día, andá y después me venís a hablar". Así lo despachó. En el Lanús, lo afectivo tenía mucho peso. A él lo que le interesaba era cómo trabajabas, desde qué enfoque, y qué hacías vos con tu paciente, lo ideológico venía después, la actitud ética primero. Era un tipo honesto, la honestidad para él era fundamental, y la solidaridad. Otra cosa importante era la clínica. Lo suyo fue transmisión oral... yo le decía: "¿Por qué no escribís?". "No, yo doy las clases... Ustedes lo van a transmitir." Eso fue Lanús, se empezó con la sala, después se incorporaron consultorios externos. Fuimos pioneros en todas las especialidades, las primeras terapias familiares se hicieron en Lanús, terapia de grupo, el primer departamento de adolescencia, comunidad terapéutica de niños.

Octavio ¿ cómo se fueron insertando en el hospital, en los otros servicios?

Nosotros hacíamos "patrullas" por el hospital, muchos veníamos de la clínica médica eso facilitó el diálogo. Era el servicio en el hospital de psiquiatría pero para todo el hospital, entonces se llamaba las patrullas porque andábamos por todos los servicios... de neurología, de clínica médica, de niños, uro-

logía, ginecología, etc. Era lo que hoy sería la interconsulta.

Lo que interesaba era el trabajo, la eficacia de la clínica, el respeto por la clínica y el estudio.

Yo siempre digo que mejoré de mi dislexia cuando entré a Lanús. Porque vos te ves mirado de otra forma.... Si te miran según la nota es según una medida, pero Lanari me miró como persona. Él no solo era un clínico de primera sino que era uno de los fundadores de la investigación clínica en Argentina. Los que estaban al lado de Lanari eran Roncoroni, Agrest, y otros que no me acuerdo, todos capos... otro que tenía una mirada así fue el famoso pediatra Gianantonio tenía una visión amplia, era un científico pero si había que hablar de los milagros y otras dimensiones espirituales lo hacía.

A fines de los 60, entonces se empezó a llenar de gente más extremista, ahí empezó la política y eso empezó a enojar Mauricio, había violencia en las discusiones. Lo invitaron del Hospital Italiano, y se fue allí. Muchos no lo acompañamos, nos pareció que, teníamos que quedarnos a luchar para ver qué pasaba en el Lanús. Éramos jóvenes, queríamos quedarnos en la lucha, hasta que se pudo... Cuando no se pudo más... nos fuimos yendo o nos fueron. Y ahí sí vino la fundación del Centro Oro, previo pasaje por el Hospital de Clínica para darle una mano a Hernán Keselman que intervino el servicio de Salud Mental de ese hospital.

Contanos un poco más acerca de la fundación de nuestro Centro...

Al Centro Oro lo fundamos un grupo que fui convocando, uno era el jefe residentes del Lanús: Yospe, le dije "Mirá Jaime, me voy a ir de acá, voy a fundar un centro, ¿querés venir?" Él también había tenido enfrentamientos con estos grupos muy politilizados... La invité a Gisela Rubarth, psicóloga también del Lanús. Las otras personas que integraron el equipo fundador fueron Beatriz Ramos, Juan Pruden, Ana María Daskal. Vinieron después Ana Goldberg, Rubén Gro y otros más.

Yo ya había sido egresado de la Asociación Psicoanalítica Argentina, venía con información psicoanalítica... ví que APA no era mi lugar, venía de una formación donde la clínica es un punto de partida al conocimiento, no toleraba una teoría que quisiera imponerse sobre la tarea clínica.

En realidad cuando se fundó el Centro éramos "consultorios particulares unidos" y le llamamos así "Centro Médico Psicológico de Buenos Aires", un nombre de lo más complicado pero eran consultorios privados que los poníamos en común. Cuál era la clave: dos cosas. Uno, Sofía: nuestra secretaria, una administración común; la otra: el ateneo clínico.

Había ideas comunes y propias sobre la clínica y lo institucional.

Invitábamos gente de afuera, se sumó más gente y se armó una Institución. Desgraciadamente a los cinco años hubo que retirar un poco la cosa por el proceso, hubo que suspender los grupos.

Lo importante fue que el espíritu que primó fue comunitario, nadie fue el dueño aunque al principio se lo identificó como el Centro de Fernández Mouján.

Hablanos de tu modelo de crisis vital.

Yo me encontré con mi formación psicoanalítica, mi historia lanusiana y una inquietud por lo comunitario, que siempre estuvo presente en mi vida y especialmente en mi trabajo. Empecé a darme cuenta que cuanto más íntima y sinfónica era la relación con el paciente más eficaz era lo que yo podía interpretar, y ahí me puse a investigar qué es eso del encuentro más allá de toda relación: el dolor de él era “nuestro”, que el problema de él era también nuestro problema. Empecé a plantear “¿y esto qué es?, ¿qué es esta crisis que estoy teniendo?”... Porque lo que yo sentía era que era una crisis, vital porque influía en mi vida, y en la vida del paciente, compartíamos el ahora, lo que acontecía. Y ahí fue cuando empecé a pensar sobre el modelo de crisis vital. Me ayudó muchísimo Edmundo Roca, un filósofo que siempre me alentó. Hasta me dio él una definición que nunca me olvido me dijo: “Tu crisis vital es valorización de objetos, objetivación de valores.” Así era Edmundo Roca. Intuía, sintetizaba, integraba. Otro día me dijo: “Lo que yo infiero que vos me estás explicando que haces con tus pacientes: salir de los objetos, para entrar en los valores, la vida por ejemplo, el dolor, el sufrimiento, la enfermedad, como valor, no como objeto.

El primer libro que escribí sobre adolescencia, en realidad fue mi experiencia en el Lanús. En esa época era kleiniano, era lanusiano, que nunca lo dejé de ser, pero mi gran amor por Melanie Klein: durante la guerra ella se encerraba con los chicos y los trataba, para ella lo importante era la clínica tenía un lenguaje muy particular, pero bueno... ella pensaba a partir de la clínica, cuando digo clínica digo comunidad, barrio, suburbio, hospital, otras especialidades, etcétera. Y de ahí fue como empezó a surgir el modelo. Y después me dijo Edmundo... “vos tenés que estudiar... además de esas clases que tenés conmigo, vos tenés que estudiar física” Y me puse a estudiar física. Por supuesto, física para asnos. Pero “¿por qué tengo que estudiar física?” le pregunté. “Vos estás descubriendo que en la clínica se está dando el mismo fenómeno que se está dando en la física”. “¿Cómo?” “Y sí, porque en la física nueva lo que ha roto es el mundo de los objetos, y ha entrado en el mundo de la energía, de la vitalidad, de la vida...” Esa es la idea, romper con la realidad de los objetos como realidad fundamental. Encontrarse con una realidad de partículas don-

de todo tiene que ver con todo. Ahí me di cuenta de que el modelo coincidía con los nuevos paradigmas de la física. Me metí con la epistemología con él y nos dimos cuenta de que la nueva epistemología también tenía que ver con el modelo de crisis vital. Y así nos fuimos dando cuenta de que era un modelo que tenía que ver con los nuevos paradigmas... Tanto de la física, como de la filosofía... porque la filosofía cambió mucho a partir de Nietzsche y de Heidegger,.. Vienen de esta ruptura tremenda con la metafísica, con lo dado como fundamento. Lo que les interesa ya no es el objeto de conocimiento sino es el ser que piensa “con”. Cambió la filosofía, cuando Deleuze dice por ejemplo: que construimos el objeto, es porque no está construido de antemano, lo construimos. Y cuando Vatimo dice que hacemos historia cuando dialogamos, es eso, no está la historia solamente de los hechos.

También el cambio de la filosofía, se dio en la epistemología, en la física... la cosmología..., cuando empezó con toda la teoría que el mundo que se expande... de que no solo hay un mundo dado, el mundo seguía expandiéndose... Todos creíamos que había un mundo dado; no, también se está dando, todo vive, todo late, todo se transforma. Eso fue lo que más me entusiasmó en seguir adelante y ahí fundar el seminario interdisciplinario que lleva tantos años funcionando.

Octavio: algún libro en particular, algún autor que ha dejado marca en tu vida?

Castaneda es uno: Castaneda me cambió la vida, porque él pensaba en esa otra dimensión. Él creía que había otra dimensión, que había que llegar a esa otra dimensión para entender la realidad. Y esa otra dimensión no es la objetiva, es la vivencial. La realidad objetiva es una, y la realidad vivencial es otra sin estar separadas, son solo diferentes. A la realidad vivencial no se llega por la razón.

Otro autor importante para mí fue Unamuno, él plantea que la razón tiene un límite... pero hay otra realidad sentida que hay que pensar... Winicott también fue muy importante para mí. Y por supuesto el Nuevo Testamento... San Pablo me cambió la vida... sobre todo el concepto de cuerpo místico... hay un cuerpo que nos une a todos, que no es un cuerpo individual, es un cuerpo místico del cual todos somos parte. Me acuerdo que los curas clásicos decían “¿por qué venís con ese tema que es tan confuso?”... “No, para mí no es nada confuso, es de lo más claro que tengo.” San Pablo mucho influyó en mi pensamiento como experiencia participativa.

Creer nos permite cambiar nuestras vidas si realmente nos animamos a tener crisis vitales. Cambiar la actitud cambia todo.

.....Ya es hora de ir concluyendo...

Quería decir una cosa más antes de terminar. Es muy importante además de toda esta experiencia clínica: la vida personal. La vida personal es muy importante no descuidarla, aunque uno se interese y se enamore por la clínica. Buscar la felicidad en la vida personal. Eso sí influye... entonces, es muy importante luchar también por eso, más allá de los sufrimientos y fracasos.

Yo creo que el espíritu del Centro Oro es el que nos mantiene unidos... Hemos tenido divisiones, muchos pensaremos distinto, pero es el espíritu del Centro Oro los que nos mantiene unidos. La diferencia no se opone a la unidad cuando hay espíritu que siempre es solidario. La diferencia no nos separa, nos une y nos hace cada vez más singulares; eso tiene que ver con la filosofía del ser. Ahora, si lo que buscamos es el objeto en la persona, eso sí, las diferencias nos separan. Hoy “la diferencia en la unidad” –es un tema en los filósofos actuales: respetar la diferencia sin que nos separe, que genere ese espíritu común. Yo creo que el Centro Oro tiene su historia, y algún día se podría hacer una mesa sobre los movimientos del Centro, su historia... historia de definiciones, de separaciones...pero el espíritu se conserva, y por eso se vuelve otra vez a rescatar y a mantener la unidad.

Vale la pena, sí, dentro de esas diferencias, mantener la unidad.

Nuestra unidad es la clínica, el compromiso social, más aún el espíritu solidario institucional.

Octavio, un placer haber compartido con vos esta charla. Gracias !! .

Esta conversación tuvo lugar el 15 de junio de 2007.

Conversación con Claudio Glasman

Interlocutora: Adriana Cignoli



En esta ocasión conversaremos con Claudio, nos conocemos pero vamos a tratar de que algo resulte desconocido para que se vuelva más interesante. Así que yo comenzaría por recordar... ¿Cómo iniciás tu experiencia cuando salís de la universidad?

Yo me recibí y trabajaba en un hospital, pero no trabajaba de psicólogo. Trabajaba en un servicio de urgencia de un hospital de Ciudadela, manejaba el computador y las ambulancias. Cuando me recibí pedí el pase al psicólogo, y se dio la casualidad... En ese momento el que era el jefe de tocoginecología del hospital lo nombran Secretario de salud pública... Entonces me ofrecieron ir a Opendoor, es decir que no era alguien amigo mío, fui a ver qué era Opendoor... conseguí un pase al Borda, y ahí sí que hubo también una cosa azarosa... En ese momento estudiaba en un grupo de estudio con alguien que estaba en la Federación Argentina de Psiquiatras, que a su vez formaba parte del Centro de Investigación... estoy hablando de hace muchos años... Era un grupo de psiquiatras, psicólogos progres, de la izquierda, y yo venía de la izquierda entonces eso me atraía. Estudiaba con Guido Narvéez que era un psicoanalista ligado me parece al grupo de Rafael Paz, es decir cierta relación entre psicoanálisis, el partido comunista, el marxismo. El me dio dos nombres en el Borda, digo esto por lo que es el azar... Uno que era un psiquiatra de un servicio de internación y otro que era un psiquiatra que estaba en hospital de día. Me parece que por fobia elegí hospital de día; estaba más cerca de la calle. Es que hay que entrar al Borda eh... fue una experiencia terrible el principio porque entré y no podía salir, no encontraba la salida... una cosa muy impactante, me perdí como en una especie de laberinto... y salí del Borda y no encontraba cómo llegar a Constitución, muy angustiante. Elegí hospital de día y se produce el golpe militar, y al otro contacto que tenía lo secuestran y desapare-

ce. Así que gracias a ...no sé, la elección de la fobia...creo que logré sobrevivir, porque si no hubiera sido grave... bueno así empecé el contacto con el hospital...era muy interesante porque cuando se hacía la asamblea, no se usaba guardapolvo, era imposible distinguir quiénes eran los locos y quiénes eran los que atendían. De vuelta cierta cosa “indecible” me encontró antes de tiempo de darme cuenta de que ni los locos eran tan locos ni los otros eran tan normales... Estuve ahí un tiempo trabajando a full en el hospital de día hasta que un día, un 9 de julio del año '76, me llaman de dirección para decirme que me ponían en situación de disponibilidad, que precisaban investigar mis antecedentes... Fue una experiencia fuerte porque eso tiene que ver con por qué vine acá. Me citan de la dirección de salud mental... yo tenía una carta de recomendación de la nueva jefe porque a la otra la echaron, diciendo que yo era un tipo que trabajaba mucho... Y el tipo dice “sí, los zurdos son así, así que eso no lo libera de sospecha...los zurdos son muy trabajadores porque es parte de la militancia...

De vuelta esto tiene que ver con elecciones, me dice el contraalmirante “Licenciado, tres posibilidades: quizás con usted nos equivocamos, entonces le pedimos disculpas y lo reincorporamos... lo otro es que, piense en su pasado, quizás usted ha cometido alguna falta menor, lo dejaremos prescindible y se va... y si tuvo algo más pesado, usted sabe cómo se arreglan las cosas en Argentina.” Y así me fui a mi casa. Un día se corta la luz en mi casa –yo vivía en Vicente López-, estaba convencido de que era un operativo de los militares que venían a buscarme. Era una paranoia, no era inventado, la gente desaparecía...del hospital había desaparecido gente, del Lanús se llevaron gente trabajando...una cosa bastante horrorosa. Tenía entonces un amigo acá en el Centro Oro, con quien compartíamos cierto estudio... leíamos Freud, hacíamos una lectura cronológica de las obras de Freud psicopatológicas, un embole total. Después cuando empecé a enseñar me di cuenta que algo que no hay que hacer es enseñar cronología. Se me ocurrió en la facultad, decía “estudiar Freud cronológico es hacer una necrológica de Freud”, así que eso no. Y se dio una especie de...no sé... una apertura...la institución era muy chica en ese momento, estaba allá en Oro... El primer paciente que tuve fue un trauma total. ... pero me sirvió porque ese paciente me sirvió para analizarme. Dedicaba sesiones enteras a alguien que la primera entrevista que tuve, yo tenía 25 años, cuando abrí la puerta me dijo: “¿Usted? ¿Usted es el analista? ¿Pero qué edad tiene? Es muy joven, ¡usted no puede tener más de 35 años!” Pero me hizo transpirar, y en un momento de lucidez dije: “Mire, si no le gusta se puede ir”. Se quedó ocho años y fueron ocho años muy duros.

Escuché hoy por primera vez llamarte psicólogo.

Porque también soy psicólogo.

¿Cómo fue la formación psicoanalítica en la época que vos hiciste tu carrera? La universidad debe haber estado atravesada por otro discurso, no el lacaniano... pienso en Melanie Klein... ¿Cómo fue que vos fuiste haciendo tu recorrido?

Yo entré a la facultad para ser psicólogo. No tenía idea de lo que era el psicoanálisis y la idea que tenía era espantosa. Pensaba que el psicoanálisis era una práctica ideológica burguesa...no era así, pero tenía toda la ideología PC de entonces, supongo que de lo peor del PC porque también había psicoanalistas en el PC que pensaban otra cosa, pero yo era bastante fanático entonces. Era pavloviano sin serlo, pensaba en estudiar ratitas...Me imaginaba como investigador... Fue la época de intervención en la universidad. Una época de persecución sin desaparecidos, pero hubo muertes también en esa época...Fue la época del Cordobazo, a mí me tocó de cerca eso. Entonces el lazo con el psicoanálisis...parece raro, pero pasó por el marxismo. Porque conocí a Bleger, fue un psicoanalista que me llamó la atención. Una sola vez lo vi y lo escuché, me parecía un tipo raro, las cosas que decía... Yo tenía mucho prejuicio con el psicoanálisis. Él tenía una ideología de investiguen lo que sea, háganlo seriamente, no importa la corriente, era bastante ecléctico en lo que hace a una propuesta.

Me empecé a juntar con gente que estudiaba Althusser, Althusser había sacado un librito que era *Freud y Marx*. Entonces él leía un encuentro posible entre marxismo y psicoanálisis. Y yo había encontrado unas cosas que después con el tiempo me gustaron... hay cierta biografía de Marx donde yo había leído por ejemplo que Marx lo que detestaba del hombre era la servidumbre. Sin conocer toda la biografía eso me llamó la atención, y yo encontré en Freud algo muy parecido. No que detestaba, pero a Freud, si hay algo que le ha interesado y a mí también, es esta sed de obediencia. Y yo creo que en el psicoanálisis freudiano, lacaniano también pero más freudiano, atraviesa toda la obra de Freud: la interrogación de ¿de dónde tanta obediencia, tanta servidumbre?. Ahí hubo un pasaje. Me parece que el psicoanálisis y el marxismo eran dos formas de responder al tema del sometimiento.

O sea que vos llegás al psicoanálisis por tu militancia...

Por un malentendido, yo creo que fue un malentendido. Fue un equívoco como tantos, cierto azar. Pero yo pienso que siempre en el azar hay dirección, siempre el azar propone al menos dos caminos, yo siempre elegí uno. Por

ejemplo, por la gente que entré acá...por supuesto que tengo el agradecimiento de haberme dado ese lugar y aparte el Centro me alojó a mí en un momento en que yo estaba totalmente expulsado, segregado de la institución hospitalaria...tenía pocos pacientes porque estaba comenzando...El Centro Oro en ese punto fue un lugar de alojamiento, de hospitalidad.

¿Quiénes eran tus maestros?

Primero estudié con uno que se exilió, en España...Luis Esmerado, un tipo interesante, que también formaba parte del grupo de la FAP... A través de él comencé mi primer análisis, no con él sino con alguien que él me derivó. Y también a los cinco meses se tuvo que exiliar. Uno iba perdiendo gente. Después empecé a estudiar con Guido Narváez y con el chileno Arensburg. Después me fui volcando al lacanismo, también por un azar, adquirimos una casa grande con muchos consultorios...y uno de los consultorios lo ocupa Germán García, a quien yo no conocía...después se fue a España, cuando murió Masotta, le dejó en España su grupo de estudio a él y a Sara Glasman. Y después me fui a estudiar con Jorge Jinkis, que es el director de la revista *Conjetural*, ahí me quedé.

Era una época donde se hacía mucho grupo de estudio, la formación pasaba por ahí, un grupo de lectura, algo de eso todavía nosotros practicamos en el psicoanálisis...Algo de ese espíritu, reunirse alrededor de una mesa, leer un texto, a discutir...Eso me gustó como modo de lectura y de formación.

¿Y cómo fue tu entrada a la Universidad de Buenos Aires?

Muy breve. Una cuando era estudiante de psicología, psicología médica...me metí en psicología médica...que era una cátedra que dirigía primero Kesselman estaba Marie Langer, había gente interesante en la cátedra. Era una cátedra muy política. Ahí la conocí por ejemplo a Marta Borel, ella era estudiante de medicina...Es que yo conocí gente por el psicoanálisis, le debo al psicoanálisis el haber conocido un mundo de gente, más gente que mundo. Y esa fue una experiencia interesante, era psicoanálisis a médicos. Yo era estudiante de psicología pero me gustaba enseñar. Y se copaban los estudiantes de medicina.

¿Cómo fue tu aproximación a la escritura?

Un desastre, porque el primer texto que intenté escribir...Siempre tuve un estilo medio peleador, pero yo no soy el único...Una vez leí en Barthes que el modo de escribir es un poco paranoico, no sé si paranoico pero siempre hay que buscarse como un enemigo, dice. Me gustaba esa idea de Barthes. Y estábamos reunidos con un grupo de analistas que dirigía Hugo Levín, no sé si lo

conocen...todo iba bien en el grupo hasta que a él se le ocurre o a alguien se le ocurre hacer una revista. Yo nunca había escrito nada de psicoanálisis, había escrito cosas literarias...poemas... y escribimos con un amigo una introducción crítica a la visión de la cura. Al principio nos alentó, “está muy bueno, qué interesante”, y cuando terminamos de escribir eso que era un texto de principiantes, dijo “si esto se publica yo no participo de la publicación porque no voy a perder amigos por esto...”, qué sé yo... el grupo se disolvió y el texto no se publicó. Empecé a publicar en *Psicoanálisis y Hospital*, una revista de un amigo...Eso me vino bien porque encontré un lugar de publicación... El texto fue “El síntoma”...Mi primer texto...y es raro porque tiene que ver con algo que pasó acá ese texto...se hizo un congreso en la Sociedad de Ingenieros...Yo participé en una mesa con Ulloa y con Carlos Pérez, no me acuerdo el título de la mesa. El texto se llamaba “La creación del síntoma”.

¿Escribías en relación a otros textos o en relación a la clínica?

No pude separar eso, me parece que siempre es un problema....Para mí la lectura es una experiencia, y hay una relación entre leer textos y leer y escuchar la experiencia de los análisis. Yo creo que hay modos de leer que no se lee, que hay un rechazo de texto, así como hay modos de escuchar donde hay un rechazo de lo que se dice. La gente escucha, pero hay rechazo de lo que se dice como hay un rechazo del texto. No podría hacer esa separación tajante. Sé que es un problema, la relación del saber del texto y la del saber de los análisis, sé que es un problema que hay una tensión...creo que es irresoluble. Lo que siempre me pareció un espanto es el psicoanálisis aplicado.

Yo pensaba en lo inagotable del texto...en leer el texto cada vez, luego de cada momento de la clínica y de cada paciente, y en la relectura del texto, en encontrar cosas que la primera vez no se habían leído. Con lo cual el psicoanálisis es una eterna formación.

La del analista, sí.

¿Y la del psicoanálisis?

Y eso no termina, creo que estamos en una especie en el psicoanálisis de un impasse, por historia propia y no por amenaza ajena...algo deberá pasar para que surja algo nuevo... Estamos como dando vueltas alrededor del inagotable texto de Lacan, nosotros por lo menos en Argentina...Hay mucha repetición, mucho cliché. Algo medio aburrido está sucediendo en el psicoanálisis.

La obra de Freud tampoco está acabada...

La obra de Freud, yo soy un lector de Freud desde muchos años, he escuchado gente hablar de Freud muy aburridamente... Sé que puede ser muy embolante volver a ciertas cosas... Me pasa a mí que enseñé Freud en la facultad hace muchos años, y cada año encuentro cosas nuevas. Leo de nuevo, me gusta leer de nuevo, encontré en esa expresión algo verdadero, cuando uno lee de nuevo se lee otra cosa. Porque cuando uno dice uy, ¿de nuevo?, eso es lo mismo... pero cuando uno lee de nuevo algo hay algo de la novedad que la lectura introduce. Bueno, eso me permite seguir enseñando en la facultad Freud... acá lo mismo, cuando entre nosotros tratamos de leer de nuevo... hay como una lucha contra el estereotipo, contra el cliché. Me doy cuenta de que alguien puede decir un texto, repetir a Lacan, a Freud, y hacer otra cosa.... A mí me gusta escuchar a la gente hablar una de lo que se sabe, y de lo que se escapa de lo que hace... y no siempre coincide lo que sabe y lo que hace. Y me parece que esa diferencia, ese difícil encuentro entre un saber y un hacer es un problema del que el psicoanálisis se ocupa.

Y del saber hacer...

El saber hacer con el síntoma, pasan a ser consignas que la verdad que la gente ni siquiera sabe lo que está diciendo. Acotar el goce... se dicen cosas... pareciera que nos entendemos, que hacemos parroquia... me parece que está bien interrogar lo que aparece como evidencia de consigna de una práctica. Me parece que ahí hay una tensión también medio irresoluble entre el psicoanálisis y las instituciones, incluida esta.

Cómo hacer para poder hacer en la institución...

Sí, porque la institución la verdad que es un lugar... Me ha pasado a mí ir buscando un lugar... La institución da una oportunidad a cada uno, creo, y cada uno tiene que buscar su recorrido. Yo busqué el mío. Para mí fue un hecho muy importante la creación de psicoanálisis como departamento... No había eso, entonces yo iba como circulando en lo que había. Veía que la escuela creaba gente que... cuando terminaba la escuela se iba a formarse a otra parte... o a pertenecer a instituciones psicoanalíticas. Y me pareció que algo se perdía, en el esfuerzo que estábamos haciendo de formación y en el encuentro con otra gente. Hablé con Octavio, a ver qué le parecía a él formar el departamento, si él estaba de acuerdo... y él tuvo un gesto "goldenberiano"... me dijo "está muy bien, es una buena idea" Y yo pienso que de mis ideas acá fue de las mejores... A mí me hace bien venir los viernes a las nueve y media al departamento, tener lo que me parece que es un grupo de trabajo y un clima de trabajo que... mucho tiempo ya va... y lo tiene, un clima amigable...

Es un espacio donde no solo se habla de psicoanálisis, también de poesía, literatura, cine... Hacés eco de tus recorridos en otras áreas.

Creo que la relación entre literatura y el psicoanálisis es crítica y es íntima. No hay psicoanálisis sin literatura. Lo cual ha dado lugar a muchos malentendidos porque hay gente que creyó que haciendo poesía hacía psicoanálisis.

La operación analítica es una operación que Lacan llama poética. Y para mí fue una especie de otro encuentro posible. A mí me gustaban los poetas, por ejemplo: Hernández, Neruda... Ese fue un lado que es anterior al psicoanálisis, pero cuando yo descubrí que había una relación entre el psicoanálisis y la literatura...que en Freud el autor más citado era Shakespeare...para mí fue una especie de re-hallazgo, un hallazgo.

Y ahí comenzó tu pasión por el estudio de Hamlet porque Hamlet sin psicoanálisis quizás se entiende de otra manera... sin embargo vos pensás en relación a Hamlet y el psicoanálisis.

Tragedias. Uno lee a Freud y se encuentra con las tragedias... uno lee los sueños y se encuentra con que en los sueños hay tragedias. Entonces hay una relación íntima entre tragedia, sueño y escena analítica. No lo inventé yo a Hamlet, lo inventó Freud, Jones, Lacan... Hicieron cosas interesantes, agudas. Yo lo que hice fue una relectura de textos de Lacan, de Freud, leyendo a Hamlet... Y hay una relación entre padre y tragedia, hay tragedia donde está el juego de la filiación... son tragedias de transmisión, de transmisión de la culpa, de la falta...tragedias de crímenes, de exterminio.

Lo que me di cuenta es que hay gente que cuando alguien escribe dice "está bien escrito"...como si la escritura fuera una cuestión de un estilo o de una habilidad que tiene el analista, en nuestro caso, que no tiene que ver exactamente con la práctica del análisis. Entendí después de mucho tiempo, que Freud, que es el fundador del psicoanálisis, no solo funda una práctica sino que funda una escritura. Que hay un pasaje en Freud desde la escritura en la práctica, a la práctica con escritura...El ensayo psicoanalítico que es un género que Freud creó es un género a partir de la experiencia como psicoanalista. No es que Freud era un buen escritor, creo que hay una relación entre escritura de psicoanálisis y experiencia psicoanalítica.

Y Freud se psicoanalizaba escribiendo, con sus cartas...con las cartas a Fliess ¿será el origen de armar la teoría que hace que Freud esté tan ligado a la escritura..?

Las cartas...a mí me gustan mucho las cartas...Foucault por ejemplo se pregunta si las cartas son parte de la obra de un autor. No hay ninguna duda

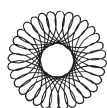
que en las cartas de Freud, forman parte de la visión del psicoanálisis de un modo fantástico, me parece. Yo encontré en cartas cosas que me han servido, que yo he tomado para mí. Una vez presenté un libro de Octavio acá, y nadie entendía por qué me invitaban a mí a presentar un libro de Octavio porque se supone que yo soy otra cosa...Las discusiones son así, un poco Boca-River, se arman bandos...Y él me invitó. Y encontré en la correspondencia Freud-Romain Rolland algo que a mí me parecía que tocaba a mi relación con Octavio. Romain Rolland era un escritor, no era un psicoanalista, que para Freud era un místico, que tenía un acceso a cosas de un modo que él consideraba inmediato...que para Freud le resultaba mucho más arduo, un camino mucho más de rodeo...Y sin embargo hay como una especie de amistad íntima. Y Freud le dice “Usted es alguien tan diferente a mí, y eso hace que sienta por usted tanta amistad...” Así que no había ninguna exigencia de que ninguno renunciara a sus convicciones para poder establecer un lazo que para Freud fue muy fructífero, porque la relación con Romain Rolland le permitió escribir por ejemplo *El porvenir de una ilusión* o el primer capítulo de *El malestar en la cultura*. Y son escrituras de crítica y de diferencia, y también causadas por eso. No de indiferencia. A mí a veces me preocupa que en aras de diferencia lo que se instaura es un estado de indiferencia.

Claudio te agradecemos que hayas aceptado nuestra invitación, un placer haber conversado con vos.

Esta conversación tuvo lugar el 17 de agosto de 2007.

Conversación con Rosa Kononovich

Interlocutor: Fernando Pequeño



Hace muchos años tuve el honor de que Rosa comentara el primer ateneo que presenté en la institución así que hoy cambiamos un poco de rol. Lo primero que se me ocurrió cuando pensamos en las conversaciones era preguntarte cómo llegaste a la psicología... acá Octavio contó algunas cosas de cómo sus padres querían una cosa y el hizo otra.

A mi me sucedió algo parecido, mi papá hubiera querido que yo fuera bioquímica... Le parecía una buena profesión para una mujer. En cambio para mi mamá lo importante era que cursara una carrera universitaria, la que yo eligiera, ella quería que sus hijos tuvieran formación universitaria. Quizá hubo en ese deseo algo de reivindicación de su posición femenina.

Pero me parece que los que más influyeron en mi elección fueron mis profesores de psicología del secundario. Hice dos escuelas secundarias simultáneamente, cursé la Escuela Normal –en aquella época el magisterio era una formación de nivel secundario– y cursé un Seminario para Maestros Hebreos. En los dos tuve brillantes docentes de psicología. De diferentes perfiles, pero ambos tuvieron el mérito de despertar mi interés hacia esos temas. En la escuela, el profesor dejó de lado el programa oficial que separaba los temas por funciones, como percepción, memoria, afectos... él tuvo el mérito de salirse de ese programa y nos introdujo en los diferentes modos de entender al hombre y de dar cuenta de su subjetividad según las diferentes escuelas, estudiamos escuelas de orientación conductista, existencialista y también psicoanálisis. Ese fue mi primer contacto con la obra de Freud. La profesora del Seminario, en cambio, era una persona muy apasionada y menos sistemática, nos hacía leer Erich Fromm, *El arte de amar*, *El miedo a la libertad*, y yo estaba encantada, fascinada con todo eso, se abría ante mí un mundo de ideas novedosas.

Para todos hay libros que nos marcaron en algún momento, vos mencionás a Erich Fromm...

Creo que Erich Fromm y esta introducción del psicoanálisis desde una perspectiva culturalista fue muy significativo para mí, fueron textos que abrieron el camino por el que entré en las lecturas del psicoanálisis y luego me orienté hacia el pensamiento kleiniano, que era el dominante en ese momento en la facultad y entre los psicoanalistas argentinos.

Para mí también son importantes las novelas, leo novelas permanentemente, diría que durante toda la vida. Pienso que entre las novelas también hay algunas que fueron dejando marca en mí a lo largo de la vida. Creo que ningún libro me impresionó tanto ni me afectó más que una novela que leí en la infancia: *Jean Eyre* de Charlotte Bronte. En la adolescencia, Hermann Hesse: *Sidharta*, *Narciso y Goldmundo*, antes Howard Fast, novelas que reivindicaban valores humanos como la libertad, la justicia, la solidaridad: *Espartaco*, *Camino de libertad*, *Mis gloriosos hermanos...* Luego la época de los '60, '70, el boom de la literatura latinoamericana. Una literatura latinoamericana brillante. Después me fascinó Paul Auster con *La invención de la soledad...* Y en este momento estoy fascinada con Coetzee, *La edad de hierro*, *El hombre lento*. La novela me gusta, me ayuda a poner palabras a situaciones que vengo pensando y que no termino de elaborar. En algunos momentos un escritor o un poeta lo dice de una manera que uno siente el placer por la sencillez y la claridad del buen decir. También te pone en contacto y te despierta interés sobre situaciones humanas, de vida, que uno no transita o que nunca hubiera pensado.

Pensándolo, la novela tiene mucha afinidad con nuestra práctica, ya lo dijo Freud cuando habló de la novela familiar de los neuróticos. Buena parte de nuestra clínica consiste en escuchar y construir novelas.

Me gustaría que nos cuentes algo de cómo llegaste a la docencia porque sé que es una actividad que disfrutás y está muy ligada a tu trabajo profesional.

Me parece que ejerzo la docencia desde los 18 años. Cuando terminé el magisterio fui maestra de grado hasta poco antes de terminar la carrera de psicología, porque antes de terminar la carrera nació mi primera hija... Y después retomé la docencia básicamente acá en el Centro Oro, también dicté seminarios en la UBA, en la Cátedra de Grupos e hice algún pasaje por otras universidades pero la experiencia más prolongada y más variada la hice acá, en la Escuela del Centro Oro. La docencia me atrae, me estimula a estar actualizada y a estudiar, me resulta placentero el contacto con gente joven. Para mí, ejercer la docencia siempre es un poquito inquietante, no puedo ir relajada y muy

serena a dar una clase, siempre hay algo que me inquieta sobre lo que va a suceder, sobre lo que queda abierto para ser construido entre todos y creo que eso es lo más apasionante en la docencia, lo que queda abierto, lo que provoca, lo que te cuestiona y moviliza.

¿Tus primeros trabajos como psicóloga, una vez que te recibiste, dónde comenzaron?

Nosotros cursábamos la carrera sabiendo que teníamos la responsabilidad de seguir formándonos, que la carrera no bastaba, por eso participábamos de grupos de estudio. Terminé mi carrera a principios del '70, tuve afinidad de entrada con el psicoanálisis pero el imaginario en ese momento era que el psicoanálisis tenía un dispositivo muy difícil, difícil de sostener para gente con bajas posibilidades económicas, que no era accesible a todas las personas.

Mi primer acercamiento a la práctica fue a través de trabajar sobre un dispositivo adecuado para terapias breves o focalizadas...queríamos sostener los conceptos fundamentales del psicoanálisis pero necesitábamos ciertas modificaciones del dispositivo para poder hacerlo accesible, para que llegue a un espectro más amplio. Siguiendo estas ideas, también me formé en grupos y trabajé con grupos terapéuticos durante mucho tiempo. Incluíamos técnicas corporales en las sesiones grupales. Pero en ese sentido, me parece que lo fundamental fue mi pasaje por el hospital.

¿Querés contarnos un poco sobre eso...?

Sí, estuve trabajando unos cuantos años en el hospital Pirovano. El Hospital Pirovano era como el Lanús, era una sala de psicopatología en un hospital general. Un servicio que tradicionalmente traía una conducción psiquiátrica y a partir de los años sesenta, como el Lanús y siguiendo un proyecto de salud mental de la municipalidad de Buenos Aires, creó una sala de psicopatología orientada hacia la psiquiatría dinámica y modelos de abordaje múltiples. Se hacían terapias de pareja, de familia, se trataba en grupos a los pacientes, nos reuníamos en asamblea para tomar decisiones. La asamblea en la sala del hospital era soberana, participaban todos: los pacientes, el personal de limpieza, las enfermeras, los psicólogos, los médicos...venía un invitado de afuera a coordinarlas y las decisiones que se tomaban se cumplían. El hospital Pirovano tenía su centro de salud, que es el Centro de Salud número 1 Manuela Pedraza...trabajábamos en conjunto. Empecé trabajando en la sala de hombres, después en un sector que se especializó en adolescencia. Creo que la experiencia hospitalaria dejó una fuerte impronta en mi modo de abordar la práctica clínica. Mi primer paciente fue el paciente de la cama 2, "andá a ver

al paciente de la cama 2". Y el paciente de la cama 2 era un señor con delirium tremens, digamos que para ser la primera experiencia era un poco difícil. Por supuesto fui desesperada a consultar con mi grupo de estudio, en los lugares donde me formaba y bueno... pensaba que con un señor en pleno delirio podía acercarme a hacer algo, pero no sabía qué... Tenía que pensar desde otro modelo y a mí me parece que en general eso es a lo que ayuda la práctica hospitalaria, la práctica institucional... Permite contacto con situaciones, con pacientes donde uno tiene que abrir los modelos, los dispositivos, ajustarse a las situaciones, contar con lo que uno tiene para poder abordarlo de una manera singular, especial.

Simultáneamente había empezado con mi consultorio privado. Y trabajé también mucho tiempo con grupos. Dejé el Pirovano en un momento en que el clima del hospital era muy denso. Era todo el momento de las amenazas de la Triple A, era una situación de politización extrema de las salas del hospital... sentía que no podía trabajar en ese clima. Entonces me fui del hospital esperando mejores momentos, y los momentos vinieron cada vez peores porque después de eso vino la dictadura militar y bueno... Entonces ya después volví al hospital pero en otra situación, como docente, como supervisora.

¿Y ahí fue el momento de llegada al Centro Oro?

En ese tiempo nació mi segunda hija, y poco después ingresé al Centro Oro. Marta Galperín, que es mi amiga de hace muchísimo tiempo, me invitó... En ese momento hubo una política de apertura del Centro para recibir nuevos titulares. Y ahí entramos Alicia Beramendi, Claudio Glasman, Susana Matus, y otros ...

Lo que yo siento con respecto al Centro es que fue un lugar donde fui recibida, donde se me dio un lugar, donde pude desarrollar lo que yo quería hacer y de la manera como quería hacerlo. Y si algo agradezco a esta institución es que no te obliga a pensar de determinada manera, en este lugar podés sostener y desarrollar tu propio pensamiento, tu propia experiencia, convivir mejor o peor con los que están al lado, que piensan diferente... para mí esta es una condición muy valiosa del Centro Oro.

Parece mantener una coherencia con lo que vos venías trabajando, de la manera cómo vos venías pensando... un espacio abierto, donde se pueda discutir, dialogar aunque uno muchas veces no esté de acuerdo...

No ponerse de acuerdo o muchas veces ni siquiera intentar ponerse de acuerdo, pero bueno, saber eso, que no acordamos en todo. No digo que esta forma de convivir no nos provoca alguna que otra situación ríspida, pero for-

ma parte de nuestro estilo de convivencia No podemos pretender una unidad monolítica de una institución, ni siquiera de una persona. Una institución, una persona es una multiplicidad, y tenemos que vivir en multiplicidad, manejarlos en multiplicidad.

¿Y cuáles fueron tus primeros trabajos en el Centro..?

Pasé por muchas tareas, en un primer momento como trabajaba con grupos, me integré al departamento de grupos, luego lo coordiné durante muchos años, también estuve en el departamento de Psicoanálisis. En el momento en que se creó la escuela pasé a participar en ese proyecto, creo que debo haber sido de las primeras admisoras de pacientes PEA... Entré a trabajar a la escuela como admissora, luego como supervisora, como docente, y es algo que sigo haciendo hasta la actualidad. Tuve a mi cargo la dirección de la escuela, trabajé como directora de Docencia, formé parte varias veces del Concejo y ahora como saben, estoy a cargo de la dirección del Centro. Son lugares que me interesa sostener, me interesa renovarlos.

Recién estaba pensando... Nos contabas un poco del Centro Oro, el Pirovano... Yo te preguntaba hace un rato el tema de los libros... ¿Qué maestros son los que influyeron en tu formación?

Cuando me inicié me formé con Hernán Kesselman en psicoterapias breves, con Claudine Barrera en técnicas corporales... Después trabajamos en un ciclo en el cual Raúl Sciarreta dictaba Althusser. En ese mismo lugar estaba Bauleo que nos enseñaba cuestiones de la clínica psicoanalítica. Después estudié también, distintos autores de psicoanálisis, Freud y otros autores con Edmundo Roca, ese señor que nombró Octavio el otro día, era un sabio, un autodidacta. Trabajé mucho tiempo con él. Pero el que es sin duda un referente para mí, con quien trabajamos mucho sobre psicoanálisis y clínica psicoanalítica es: Rafael Paz, supervisé con él también con Mauricio Chevnik, con Octavio. Comencé nuevamente a estudiar con Sciarreta algunos seminarios de Lacan.

¿Qué cosas son las que tomaste de estos referentes? ¿qué cosas te impactaron más?

Si yo quisiera encontrar algo que los une pensaría en esta modalidad de no ser dogmáticos, de no ser hegemónicos, de tener un pensamiento que permite diferentes posibilidades, de ser permeables a lo nuevo y a lo que sucede en el medio social. Por ejemplo con Rafael Paz, leímos los textos de Piera Aulagnier cuando todavía no era conocida. Para mí es atractiva esta cuestión, salir del dogmatismo y acercarme a un pensamiento crítico.

Hay otros temas que te interesaran como el tema de la fertilidad, de la infertilidad... Has escrito varios trabajos sobre eso. ¿Qué fue lo que te llevó a trabajar sobre eso?

La inquietud partió de la clínica. En un momento me encontré con dos pacientes en análisis que empezaron a tener dificultades para embarazarse. Empezaron a transitar los tratamientos médicos de la infertilidad, y digo transitar porque es un camino que se abre y que es difícilísimo, poder discernir opciones, se hace angustiante. Y esto fue hace quince años, cuando las técnicas médicas de fertilización recién se introducían en el país...todavía era muy controvertida su implementación. Nosotros los psicoanalistas, pensábamos que un hijo debía concebirse en el marco de una pareja...Y hablo especialmente de esos casos de infertilidad sin causa aparente, que eran los casos donde se planteaba más dificultad. A mí me hacía obstáculo en la clínica la creciente medicalización del discurso de las pacientes. Me hacía pregunta cómo incluir estas cuestiones de las visitas al médico, de los tratamientos por infertilidad, de las fertilizaciones asistidas, de las fertilizaciones in vitro, de todas esas posibilidades que se iban presentando, cómo incluirlas en el trabajo con la paciente. Yo pensaba cómo se puede trabajar esto que es una presencia cotidiana angustiante para las pacientes y al mismo tiempo sostener la indagación psicoanalítica de la infertilidad, porque bueno, algo no está del todo resuelto en el tema del deseo de hijo.

Ustedes saben que la maternidad convoca los fantasmas de una mujer respecto de su madre, y el deseo y la imposibilidad de maternidad profundiza esa presencia.

¿Cómo evaluás las expectativas de las nuevas camadas, de los cursantes que vienen ahora a la Escuela?

Yo creo que hay cosas que cambiaron. Pero el espíritu, el modo de trabajar en la escuela, se sostiene. El encontrarse con el obstáculo en el trabajo clínico y confrontarlo con la metapsicología, con los textos, con lo que se estudia; a mí me parece que eso sigue. Me parece que lo más importante es que el espíritu se mantiene.

¿Y cómo es para vos ser Presidenta del Centro?

Es otra responsabilidad, es otra institución. Realmente es una institución mucho más compleja.

El Centro creció mucho, se complejizó, pero tenemos la intención de seguir manteniendo su espíritu creativo, su capacidad de estar abierto a lo nuevo, de ser sensibles y responder a las demandas comunitarias. Tratamos por to-

dos los medios que las exigencias burocráticas no incidan negativamente en el bienestar de todos nosotros, sus integrantes.

Rosa te agradecemos muchísimo que hayas aceptado conversar con nosotros.


Yo les agradezco a todos ustedes. Para mí fue una oportunidad de reconectarme con temas, con vivencias que las tenía abandonadas.

Esta conversación tuvo lugar el 19 de octubre de 2007.

La novela familiar

Silvia Tubert*

La construcción narrativa del sujeto

 En *Estudios sobre la histeria*, Freud muestra que la comprensión de la subjetividad difiere de la elaboración de leyes científicas, pues el sentido de los síntomas sólo puede develarse en una narrativa: el “paciente” no sólo informa acerca de sus dolores sino que enuncia un relato histórico del que emergerá como sujeto.¹ No sorprende entonces que emplee términos como *novela familiar* o *teorías sexuales infantiles*, ni su reiterada comparación entre el relato psicoanalítico y el literario. Esos términos, como fantasía o fantasma, aluden a la oposición entre lo subjetivo y lo objetivo, entre un mundo interno que tiende a lograr la satisfacción mediante la ilusión o “realización alucinatoria” de los deseos y un mundo externo que impone al sujeto el principio de realidad. Esto produce una escisión psíquica: parte de la actividad anímica será, en adelante, inconsciente y dará lugar a la creación de fantasías². La vida fantasmática del sujeto resulta de su historia y es, al mismo tiempo, un intento de interpretación de esa historia³. Freud expuso algunas modalidades típicas de escenarios imaginarios, entre los que se cuenta la “novela familiar”.

En *La novela familiar del neurótico* (1909) comienza afirmando que “el

* Profesora de Teoría Psicoanalítica en la Universidad Complutense de Madrid. Autora de: “La muerte y lo imaginario en la adolescencia”, 1982; “La sexualidad femenina y su construcción imaginaria”, 1988; “Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología”, 1991; “Malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo”, 1999; y las compilaciones “Figuras de la madre, 1996 y “Figuras del padre”, 1997.

1. Freud, S. “Estudios sobre la histeria” (1895), Obras Completas, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981.

2. Freud, S. (1911), O.C., T.II., p. 1640.

3. Laplanche, J. y Pontalis, J.B.(1985), *Fantasia originaria, fantasía de los orígenes, orígenes de la fantasía*, Buenos Aires, Gedisa, 1986.

desprendimiento de la autoridad de sus padres por parte del individuo que crece es uno de los efectos más importantes, pero también de los más dolorosos, del desarrollo.”⁴ Apunta al movimiento dialéctico que vincula al sujeto con la familia: el ser humano sólo llega a serlo en el seno de relaciones intersubjetivas cuyo marco es la familia, sea cual fuere la forma que ésta asuma; pero esta función de la familia entra en tensión con la necesidad de separación para que el individuo llegue a ser un sujeto. Esto es imposible sin un sistema de parentesco que articule la diferencia entre los sexos y las generaciones, pero la ruptura con sus determinaciones es tan importante como la asunción de las mismas. Freud llama a este incipiente distanciamiento *novela familiar*, actividad fantasmática centrada en las relaciones familiares. Esencia tanto de la neurosis como de todo talento, se manifiesta en los juegos infantiles y luego en los sueños diurnos. La imaginación del niño se ocupa de liberarse de los padres y sustituirlos por otros, generalmente de un estrato superior. Esto no responde sólo a sus deseos de venganza sino que también a la nostalgia por el feliz pasado, cuando el niño veía a sus padres como seres ideales.

El niño trabaja con los materiales que tiene a su alcance y sus observaciones de la vida social: los motivos pulsionales se entretajan con los proporcionados por la literatura y la sociedad, con sus diferencias de clases y posiciones. Freud articula el imaginario individual y el colectivo; fantasma, mito y realidad social. Un segundo estadio de la fantasía corresponde al descubrimiento de la relación sexual entre los padres y sus papeles en la generación, lo que permite comprender que *pater semper incertus est* pero la madre es *certissima*. La novela exalta al padre sin dudar del origen materno. El niño imagina coloca a la madre, objeto de su curiosidad sexual, en situaciones de infidelidad.

Freud menciona una diferencia entre los sexos: el niño está más inclinado a experimentar hostilidad hacia el padre y tiene un deseo más intenso de liberarse de él que de la madre, la imaginación de la niña, en este aspecto, “es más débil”; por lo demás, no se ocupa de las particularidades de la novela familiar femenina. M. Hirsch observa que si las fantasías sobre al origen y la rebelión contra la autoridad paterna se vinculan con la creación, al no experimentar la niña en la relación con su madre un conflicto de autoridad, las mujeres tendrían menos posibilidades de desarrollar una obra de creación. Pero debemos tener en cuenta que si la novela familiar recoge elementos de la realidad social -como las diferencias de clase- era de esperar que también reflejara la subordinación femenina propia de toda sociedad patriarcal⁵.

4. Freud, S., “La novela familiar del neurótico” (1909), O.C., T.II, p.1361.

5. Hirsch, M., *The Mother/Daughter Plot. Narrative, Psychoanalysis, Feminism*, Bloomington e Indianápolis, Indiana University Press, 1989, pp.9-13.

A través de este fantasma el niño asume y recrea el texto edípico, paradigma de la génesis del sujeto sexuado en nuestra cultura. La novela familiar equilibra, en cierto modo, las disonancias entre realidad social, Ley y deseo, jugando con las diferencias entre hombre y mujer, padre y madre, padres e hijos, hijos e hijas, hermanos mayores y menores. El deseo se articula en una narrativa, a la vez que la experiencia de la familia se sitúa en la génesis de toda narrativa. También satisface el deseo de omnipotencia, en tanto en ella el sujeto es artífice de su pasado y escapa imaginariamente a sus determinaciones. La novela familiar niega la realidad externa pero representa el reconocimiento de una verdad psíquica y la puesta en marcha de la historia del sujeto, a la vez sujetado y creador.

Novela familiar, creación literaria, diferencia entre los sexos

M. Robert considera que en el esquema freudiano el niño eleva al padre en la fantasía a la realeza o a la aristocracia, mientras la madre queda anclada en la realidad, fuera de la *fictionalización*. Se modifica la posición de la madre y se investiga su sexualidad pero no se sustituye su identidad. Esta madre *real* se convierte en objeto de la fantasía de adulterio.⁶ En este modelo la niña no sustituye imaginariamente a la madre, de modo que para cumplir la oposición entre las generaciones y liberar la fantasía, es necesario eliminarla de la ficción. En *El poeta y la fantasía* Freud observa que los hombres sueñan con el poder y la ambición mientras las fantasías de las mujeres se limitan a lo erótico, centrado en el padre o el hermano, que absorbe sus deseos ambiciosos⁷. Hirsch afirma que en el argumento *femenino* que se puede extrapolar del texto freudiano el objeto de la fantasía de la niña es la sexualidad y el poder del padre (hermanos o marido). Su identidad precisa es *semper incerta* y su papel deseable. En la imaginación de la niña el padre tiene el poder de conferirle el emblema de la masculinidad -pene o falo-; asocia erotismo y ambición, y anhela el poder mediante el matrimonio. Pero el concepto de *negación* sugiere que la eliminación de la madre no es más que el reconocimiento de su importancia. El ejemplo freudiano de este mecanismo, que permite reconocer lo reprimido bajo la forma de una negación, es la negación de un paciente: “Me pregunta quién es la persona que aparece en mi sueño. *No* es mi madre”: confiesa así, sin reconocerlo, que *es* su madre⁸.

6. Robert, M., *Los orígenes de la novela*.

7. Freud, S. (1908), “El poeta y los sueños diurnos”, O.C., T.II, p.1345.

8. Freud, S. (1925), “La negación”, O.C., T.III, p.2884.

La novela familiar en el imaginario social

La novela familiar, que Freud estudió a través del análisis de casos y despliega sus variantes en las obras de ficción, se articula con lo que me gustaría llamar “la novela familiar de la cultura patriarcal”. Desde el punto de vista antropológico, maternidad y paternidad se vinculan con los conceptos de parentesco, filiación y transmisión; el parentesco, a su vez, remite a la forma en que los grupos humanos representan los procesos de procreación, concepción y gestación, y al papel de ambos sexos en ellos. Françoise Héritier afirma que no es evidente que sistemas diferentes de representaciones impliquen una simbolización diferente de las funciones materna y paterna; más bien al contrario, ella observa cómo, a través de la diversidad de las culturas, se delinea una constante en la conceptualización de la participación de ambos sexos en la generación de nuevos seres: lo femenino-materno se reduce a la materia pasiva; lo masculino-paterno se presenta como generador por excelencia.⁹ Podemos postular entonces una novela familiar que dominaría el imaginario colectivo, centrada en una asimetría radical entre los principios materno y paterno: el primero se naturaliza, reduciéndose a su dimensión biológica, el segundo se eleva a la categoría de principio espiritual.

En los orígenes de nuestra historia, tras la paternidad social de las sociedades matrilineales se acentuó la paternidad biológica: el padre instituirá su propia filiación al arrogarse la *capacidad* procreadora, sustituyendo a la madre. En la mitología olímpica, Zeus tragó a Metis, embarazada de Atenea, porque de lo contrario habría de ser castrado y destronado por su progenitura.¹⁰ En *Las euménides*, Esquilo recoge la idea de que no es la madre sino el padre quien engendra. Aristóteles, un siglo más tarde, afirma que mientras la hembra sólo aporta la materia, esperando pasivamente ser fecundada, el macho transmite la forma, el alma, el principio divino que hace humano al ser viviente.

En la narración bíblica Adán fue creado por un Dios masculino. Eva, creada a partir de una costilla de Adán, resulta doblemente una criatura del hombre. Así, la *creación* usurpa las propiedades de la *procreación*. El mito de la immaculada concepción representa otra variante: la teología identifica en el Espíritu Santo la misma virtud activa de la simiente humana; aunque en este caso el padre es divino, el significado de la paternidad es el mismo y, aunque María es única entre las mujeres, es el paradigma de la maternidad, lo que es coherente con la doctrina monoteísta. El papel de María es receptor y nutri-

9 Héritier, F., “Le sang du guerrier et le sang des femmes. Notes anthropologiques sur le rapport des sexes”, *Les Cahiers du Grif*, N° 29 (1984-5).

10 Devereux, G., *Femme et mythe*, París, Flammarion, 1982.

cio; esta representación de la función materna -que no es exclusiva del cristianismo, ya que muchos dioses de otras religiones han nacido de una virgen, por la intervención de algún principio espiritual- es la misma que encontramos en las teorías populares *monogénicas* de la generación. El papel masculino se interpreta como la función generativa y creadora.¹¹

El descubrimiento trascendente en nuestra cultura no ha sido, como a veces se sostiene ingenuamente, la confirmación de la relación fisiológica entre un hombre y su hijo, sino el reconocimiento de la aportación de la mujer a la generación. Aunque Von Baer descubrió el óvulo en 1826, la naturaleza de su estructura y su función se debatió en los círculos médicos y científicos a lo largo de todo el siglo XIX. En general, se sostenía que el óvulo contenía esencialmente material nutritivo. El redescubrimiento de la genética de Mendel en el siglo XX permitió conocer que incluye la mitad de la dotación genética del futuro hijo y, por lo tanto, establecer que hombre y mujer contribuyen creativamente a la reproducción (sin mencionar que el embarazo y el parto se producen en el cuerpo femenino sin una intervención simétrica del masculino). Esta teoría no fue asimilada hasta mediados del siglo XX. Aún hoy, las teorías populares monogénicas reaparecen en las explicaciones que se dan a los niños acerca de la reproducción (la célebre historia de la “semilla”), en el lenguaje de la vida cotidiana, en el discurso teológico e incluso en el académico. El conocimiento científico, que demuestra el carácter bi-genético de la procreación, aún no ha sido asumido simbólicamente: los símbolos cambian muy lentamente y, en tanto están marcados por las relaciones de poder, la resistencia se explica porque un cambio en los significados de la paternidad y de la maternidad representaría un cuestionamiento de la definición de la diferencia entre los sexos que ocasionaría, a su vez, modificaciones en el sistema sociocultural que los ha sostenido y legitimado. En suma, sería un atentado contra la novela familiar dominante en lo imaginario colectivo.

¿Declinación de la figura del padre?

En el siglo XIX se desarrollaron críticas a la familia paternalista, alentadas por diversos movimientos de contestación social y cultural entre los que tuvo un papel destacado el feminismo. Ya en 1938, Lacan aludió a la “declinación social de la imagen paterna”: la “gran neurosis contemporánea” está determinada principalmente por la personalidad del padre “carente siempre de algún mo-

11. Delaney, C., “The Meaning of Paternity and the Virgin Birth Debate”, *Man* (N.S.), N° 21, p. 494.

do, ausente, humillada, dividida o postiza”.¹² Esta carencia constituye un fracaso simbólico.

F. Hurstel, desde una perspectiva histórico-jurídica, sitúa a finales del siglo XIX la “escena inaugural” legal de la paternidad contemporánea, que corresponde a la promulgación en Francia de la ley sobre la inhabilitación de la patria potestad cuando se reconoce la indignidad del padre. El derecho divide a los padres en dos categorías -buenos y malos-; excluye a algunos padres -y a veces también madres- en favor de los especialistas que se convertirán en los “padres buenos”. Con esta ley se derrumba un principio *sacrosanto*: el poder del padre sobre sus hijos dejó de ser algo intocable y pasó a estar sometido a criterios de seguridad y utilidad pública bajo el control de la colectividad.¹³

Pero podemos preguntarnos si el núcleo de la neurosis contemporánea corresponde a la declinación de la figura del padre que ha pasado a ser un padre ausente o carente -lo que podría hacernos suponer que alguna vez no lo fue- o si se trata, más bien, de la *imposibilidad de elaborar el duelo por la pérdida de un padre que nunca existió* -el padre ideal prometido por el discurso filosófico, religioso, científico- y de la incapacidad de renunciar a la ilusión que inerva la novela familiar, tanto en lo imaginario del sujeto como de la cultura.

El deseo de tener un padre ideal forma parte del anhelo infantil de omnipotencia: se magnifica al padre para participar de alguna manera de la omnipotencia que se le atribuye. La hipótesis de la angustia ante la declinación de la función paterna traduce la dificultad para aceptar que no hay padre inmortal, todopoderoso y autoengendrado si no es en la ilusión infantil que promete el logro de tales propiedades mediante la identificación con esa figura idealizada. Si bien es cierto que la novela familiar abre la dimensión de un sujeto para-sí, la identidad que engendra la narrativa es una identidad capturada por el mito que le ofrece lo imaginario social: mientras la madre, reducida a su función *natural*, es la que es -lo que impide que se busquen sustitutos para metaforizarla- el padre es sustituido por una figura sacralizada que taponas el lugar vacío generado por el fracaso del narcisismo originario.

En el espacio social, la hipótesis de la declinación de la función paterna responde a la angustia ante “la emergencia de un lugar vacío” (Lefort), vinculada con el surgimiento de totalitarismos. Ese lugar vacío emerge históricamente con la destrucción del cuerpo del rey como cabeza del poder político, con la consiguiente disolución del cuerpo social y la separación de los indivi-

12. Lacan, J.(1938), *La familia*, Barcelona, Ed. Argonauta, 1982.

13. Hurstel, F.(1992), “De los padres ausentes a los nuevos padres. Contribución a la historia de una transmisión genealógica colectiva”, en S. Tubert (Ed.), *Figuras del padre*, Madrid, Cátedra, 1997.

duos de ese cuerpo en el que hallaban su lugar natural. Belinsky ha observado que ese lugar vacío desempeña una función semejante a la del asesinato del padre originario en el mito freudiano, en cuyo caso la angustia ante el vacío inaugura el espacio religioso. Ese lugar vacío existiría entonces desde los orígenes de la cultura y la humanidad; la dificultad de soportarlo da cuenta de la sacralización del padre, cuyo cuerpo material se hurta para reaparecer transpuesto en su carácter divino; es asesinado, según Belinsky, porque *tiene* que ser inmortal o, más bien, eterno.¹⁴ Sin embargo, aunque ese lugar vacío genera una angustia que puede conducir al totalitarismo y al fundamentalismo, también es un espacio que se abre a la esperanza pues sólo la existencia del vacío hace posible la creación cultural, la emergencia de lo nuevo y la alteridad; sólo la renuncia al objeto del goce absoluto hace posible la sublimación.



14. Belinsky, J., “Arquitectura de un mito moderno”, en S. Tubert (Ed), *Figuras del padre*.

PSICOANÁLISIS ABIERTO A LOS NUEVOS PARADIGMAS

SEMINARIO INTERDISCIPLINARIO EN TORNO AL MODELO DE CRISIS VITAL

CURSO ANUAL

Seminario teórico-práctico, enriquecido por la experiencia clínica con una pluralidad de enfoques para ampliar nuestra visión del mundo y de la salud mental.

Director:

Octavio Fernández
Mouján

En un mundo que se “abre” hay dos tendencias en la vida humana. La primera es fruto del miedo al infinito de las posibilidades y responder fabricando esquemas cada vez más rígidos y seguros.

Vice Dirección:

Alicia Beramendi

Pero existe otra tendencia que es superar el miedo a perder lo seguro y poder confiar en la solidaridad con todas las disciplinas y pensamientos que permitan “el acontecimiento”, constructor del mundo que se está dando.

Coordinadoras:

Elsa Giraldez
Alicia Mato

*Hay términos medios pero nosotros hemos elegido acompañar sin rodeos al mundo en permanente expansión.
O sea ser protagonistas.*

Octavio Fernández Mouján

*Psicoanálisis Abierto
a los nuevos paradigmas...
a la vida cotidiana...
a la interdisciplina...
y al encuentro solidario...
Actitud que permite
En el contexto de una crisis vital
transformar la vida misma
en un campo terapéutico*

Observación en
Cámara Gesell

Se entregan
certificados

Profesores invitados

Graciela Rozas: Psicóloga. Estimuladora temprana. Documentalista.

Irene Loyácono: Psicóloga. Esp. Parejas y Flias. Directora CETEF.

Graciela Carrizo: Lic. Obstétrica. Htal. Evita, Lanús. Prep. Parto.

Alicia Beramendi: Vice Directora

Francisco Maglio: Doctor de Medicina. Presidente de la Asoc. Arg. de Medicina, Antropología y de Investig. Éticas.

Rosa Kononovich: Directora del Centro Oro.

Luis Jorge: Lic. en Psicología. Lic. en Teología. Especialista en Función paterna y masculinidad. Esp. en teoría sistémica.

Hugo Axelrud: Psicólogo clínico. Coordinador del Depto. de Psicodiagnóstico y Titular del Centro Oro. Segundo Nivel Maestría PINE Univ. Favaloro.

María Alejandra Tortorelli: Lic. en Filosofía UBA. Becada Fullbright Comisión 1991. Cursó master y Doctorado New School for Social Research.

Leonardo Leibson: Médico, Psicoanalista. Ex miembro del Centro Oro. Prof. Adjunto de Psicopatología Cát. II Fac. Psicología. UBA.

Marie France Begue de Gilotau: Doctora en Filosofía. Profesora Univ. Del Salvador. Investigadora de la Academia Nac. De Ciencias

Mauricio Goldenberg, el Lanús: sus marcas en la práctica de hoy.



*De izquierda a derecha:
Octavio Fernández Mouján,
Marta Galperín, Valentín
Barenblit y Edgardo Gili.*

Palabras de apertura.

Por Mónica Rodrigo

En septiembre del 2007 se cumplió un año del fallecimiento de Mauricio Goldenberg. Nuestro Centro ha sido fundado con el espíritu de los lineamientos que Goldenberg había grabado en su servicio hospitalario del Hospital Lanús. Pensamos que el mejor modo de homenajearlo era “transmitir la experiencia”, sesgo que propusimos para el trabajo del año desde la Dirección Científica, y así poder conversar sobre la vigencia actual de ese proyecto, de las marcas de plantear otro modo de pensar la clínica.

En el 2007 Centro Oro está cumpliendo su trigésimo quinto aniversario, 35 años... y en este afán de festejar queremos homenajear a nuestros maestros. Para esto organizamos una mesa redonda con invitados que nos contaron su experiencia. A continuación ecos del evento.




Por Valentín Barenblit

.....
“Pensamos que el mejor modo de homenajearlo era transmitir la experiencia, sesgo que venimos trabajando a lo largo del año desde la Dirección Científica, y así poder conversar acerca de la vigencia actual de ese proyecto, de plantear otro modo de pensar la clínica”.

Mónica Rodrigo

.....
“A veces pienso que cuando miraba el pasado era para cerciorarse de que no se le había escapado algún detalle que pudiera ser útil...ahora”.

Edgardo Gili

 “Presentar a Mauricio Goldenberg implica presentar antes que nada su condición humana, ha consagrado sincera y generosamente su vida a la consecución de los logros de sus ideales.

Se anticipó a su época en el campo de la Salud Mental. Ha sabido enseñar a varias generaciones de profesionales y ha dejado marcas de trascendencia importante en la ética y en las estrategias de atención en salud mental. Ha propiciado y promovido la articulación, no sólo del psicoanálisis con la asistencia psiquiátrica sino de todas las aportaciones de distintas escuelas, de una peculiar amplitud en el reconocimiento de distintas teorías, una nueva forma de reconocer los trastornos mentales y una nueva ética en los estilos tanto de enseñar como de aprender y de asistir.

Quiero remarcar la sensibilidad que nos ha ido transmitiendo a todos hacia el sufrimiento humano, especialmente hacia el sufrimiento psíquico”.

“Digo hace un tiempo que los profesores tienen alumnos, los maestros tienen discípulos”.

“El maestro transmite más allá de la enseñanza concreta que está impartiendo. Es una transmisión que va más allá de las palabras; ocurre casi a espaldas del maestro, que puede llegar a transmitir una cantidad de cosas sin habérselo propuesto”.*



* Los extractos del texto fueron leídos por el Dr. Barenblit de una entrevista publicada en el libro: “Testimonios para la experiencia de enseñar: Mauricio Goldenberg. Maestro, Médico, Psiquiatra, Humanista”. Publicación de la Secretaría de Cultura y Bienestar Universitario de la Facultad de Psicología de la UBA. Raúl Courel, Ana Diamant.1996.

Por Edgardo Gili



“...las marcas en la práctica de hoy”... el énfasis en el hoy... Esto tiene mucho que ver con el espíritu y la actitud vital de Mauricio Goldenberg. A veces pienso que cuando miraba hacia el pasado era para cerciorarse de que no se le había escapado algún detalle que pudiera ser útil, ahora. Él no comprendería que nos reuniéramos nada más que para elogiarlo, o para mirar con añoranza las cosas que fueron. Menos aún para dictaminar que todo tiempo pasado fue mejor. El único tiempo que tenemos es ahora, imagino que diría. Sobre todo encontrándose en una reunión con tantos jóvenes. Mauricio disfrutaba compartiendo con los jóvenes el futuro por hacer, lo que él veía necesario construir y preservar.

Mucho se ha discutido y escrito sobre cuánto, y cómo, y de qué, era Goldenberg Maestro. Mauricio Goldenberg fue Maestro de vida. Es cierto que actuaba desde el área de la psiquiatría, que él quiso que fuera dinámica. Pero también es cierto que nunca dejó de exceder, con abundancia, ese límite. Lo conocí en el acto al que se refiere Carlos Bucahi, mi ex compañero de Unidad Hospitalaria y de Residencia. Goldenberg nos habló ese día, en representación de los profesores, para recibirnos. Éramos cien estudiantes de cuarto año de Medicina inaugurando nuestros tres últimos años de carrera en la Unidad Hospitalaria del Policlínico Lanús. Bucahi dice del impacto que a él y a otros nos produjo. Adhiero por completo. Ese día fui al Lanús con la intención de gestionar mi traslado a la Unidad del Hospital Piñero, en un trueque con otro estudiante al que le había tocado el Piñero y le venía mejor el Lanús. Es decir, fui a hacer un trámite para deshacer una mala jugada que el azar me había hecho. Y me encontré con una de las apertu-

“Goldenberg empezó a hablar, con esa pasión, y yo empecé a escucharlo, como dijo el poeta, con un sentir que era un pensar temblando. Me di cuenta de que había vivido 22 años sin saber lo bueno que sería tener un maestro. Y ahí lo tenía, al alcance de una decisión. Ese día me quedé en Lanús, para siempre”.

Edgardo Gili

“El Centro Oro hace este homenaje porque su origen está unido a Lanús, no solo por la letra de lo que allí aprendimos (que va cambiando con nuevos conocimientos) sino por el espíritu que como grupo vivimos, eso tiene que ver más con la actitud que todo lo transforma”.

Octavio Fernández Mouján

ra de mi destino. Goldenberg empezó a hablar, con esa pasión, y yo empecé a escucharlo, como dijo el poeta, con un sentir que era un pensar temblando. Me di cuenta de que había vivido 22 años sin saber lo bueno que sería tener un Maestro. Y ahí lo tenía, al alcance de una decisión.

Ese día me quedé en Lanús, para siempre.

Años después supe que Goldenberg tenía una misión. Y que el discurso con el que nos recibió fue también para él una oportunidad más para construir el camino de esa misión. Él confió siempre en los jóvenes, con sinceridad, sin vueltas. Sentía que hacer las cosas sin ilusión no tenía sentido. Y la juventud es el territorio de la ilusión. También nos hacía saber que era capaz de seguirnos y apoyar nuestras propuestas. Y que para seguirlo a él había que poner toda la carne en el asador. La ilusión tiene alas, pero necesita de la tracción a sangre.

Pero Goldenberg nunca pidió u ordenó a un colaborador que hiciera una tarea sin explicarle el propósito de ella, qué función cumplía, cómo se articularía con el juego de todo el equipo y con los engranajes del universo.

Cuento un par de anécdotas de primera mano, para abundar en la interacción Goldenberg/jóvenes: En ese tiempo el Servicio de Psiquiatría y Neurología del Lanús era, todavía, bastante resistido por algunos de los otros Servicios. Los caminos de esa resistencia eran diversos. Uno, que hacía daño, era el de hacer circular por radio pasillo rumores de situaciones escandalosas que “según dicen se producirían por las noches entre los internados e internadas del servicio de Psiquiatría”. El Servicio tenía 32 camas para internación de agudos, su personal era, aún, escaso, y por las noches no existía guardia. Nos enteramos de que Goldenberg debía ir, con alguna frecuencia, a tranquilizar y/o discutir con el Director del Policlínico, ante quien algunos otros Jefes de Servicio presentaban denuncias sobre “estas orgías

que alteran el buen funcionamiento del nosocomio.” Algunos de los estudiantes, creo que ya hacia finales de quinto año, habíamos ido acercándonos al Servicio y contribuimos a aliviar esa situación ofreciéndonos para cubrir la guardia nocturna a cambio de que nos enseñaran algo de la, por entonces misteriosa, Psiquiatría Dinámica. Mauricio dijo si. Y el acuerdo funcionó. Fue también el primer paso para que la mayoría de nosotros llegáramos luego a hacer la Residencia en Psiquiatría.

Les cuento, y aunque parezca un chiste es rigurosamente cierto, que se terminaron los rumores sobre las noches de los pacientes y empezaron otros sobre las noches de los estudiantes que hacíamos la guardia.

Otro ejemplo: sobre la receptividad del Servicio para las iniciativas de los Residentes: El comienzo del llamado Club Amanecer, cuyo propósito fue facilitar las altas de los pacientes internados y promover una forma un poco más social, más grupal, más espontánea, de seguimiento. Empezamos a pensar sobre el tema con Arnoldo Liberman, con quien éramos compañeros de guardia en el primer año de la Residencia. El primer año se hacía en Sala, es decir, trabajando con los internados. Como ustedes saben, un servicio de agudos, con pocas camas para la demanda que había, necesitaba bajar los tiempos de internación. Y había pacientes que ya estaban en condiciones de continuar ambulatoriamente pero temían perder la contención que habían hallado en el Servicio. Por otra parte, la reinserción en su propio entorno sería menos difícil si se acortaran esos tiempos. Entonces imaginamos otra instancia institucional, en la que se incluyeran quienes iban a ser dados de alta y se estableciera otro tipo de contacto, con diversas actividades, grupos de reflexión, etc., a través del que mantuvieran otro tipo de continuidad con el Servicio.

Arnoldo y yo estábamos encantados con la idea y salimos a buscar a Goldenberg para preguntarle

“El Centro Oro lleva 35 años de existencia. La diferencia en la unidad, es su fuerza”.

Octavio Fernández Mouján

“Yo digo hace un tiempo que los profesores tienen alumnos, los maestros tienen discípulos”.

Valentín Barenblit

qué le parecía. Lo encontramos en consultorios externos, que estaban al lado de la morgue, terminaba de tomar un té con la Jefa de Sala, Lía Ricón, y en ese momento habían entablado batalla por la última galletita. Le explicamos la idea, pensó un momento, la miró a Lía y preguntó

-¿cómo se llama?

-¿el qué?

-el club. ¿no me están hablando del club? Debe tener un nombre

Y Arnoldo, rápido

“Amanecer”, doctor, se llama “Amanecer”

A los tres meses Amanecemos; era el año 66. En el año 92, cuando hicimos las Jornadas del Lanús, el Club seguía funcionando, por supuesto actualizado. Yo creo que lo único que Goldenberg no toleraba, y aquello en lo que puso límites tajantes cuando fue necesario, era que no se respetara a un paciente. Que alguien del Servicio, con el título y cargo que tuviera, no actuara de modo considerado, amable, amistoso, cordial, con quien acudiera a nosotros solicitando ayuda. Esa es una marca del Lanús. Toda la estructura estaba al servicio de lo central. Y lo central era eso: un buen servicio.

Por último, algunas marcas que llevo: no hay teoría a la que el vínculo clínico deba someterse. Y es posible, siempre, adaptar los conocimientos que cada uno tiene para que sirvan a la comprensión de cada situación específica. Y que una parte central de la formación es ampliar continuamente la gama instrumental que podemos poner en juego, justamente para no quedarnos en la rigidez de una única respuesta terapéutica posible a la que todo el que llegue deba someterse. Así, cada problema que llega es una persona única, distinta, portadora de una oportunidad para ella y para nosotros: la de crear, juntos, en un vínculo irrepetible”.



.....
“Presentar a Mauricio

Goldenberg implica presentar antes que nada su condición humana. Es un hombre que ha consagrado sincera y generosamente su vida a la consecución de los logros de sus ideales”.

Valentín Barenblit

Por Octavio Fernández Mouján



El Centro Oro hace este homenaje porque su origen está unido al Lanús, no solo por “la letra” de lo que allí aprendimos (que va cambiando con nuevos conocimientos) sino por “el espíritu” que como grupo vivimos, eso tiene que ver con la actitud que todo lo transforma. El Centro Oro lleva 35 años de existencia “la diferencia en la unidad” es su fuerza.

Repetiremos algo de la “letra” que nos dio Mauricio: la psiquitría en hospitales integran no sólo la locura con la cordura, sino la mente con el cuerpo de lo que hoy la neurociencia da cuenta. Integró lo individual a lo comunitario. Esto tiene connotaciones sociales y políticas insoslayables. Por eso que la salud mental tiene tantos enfoques y tantos perseguidores. Es lo que cambia nuestro lugar en el mundo más allá de lo establecido por el poder de turno.

Integró muchas teorías y prácticas especialmente el psicoanálisis. Siempre tuvo respeto por la pluralidad del pensamiento.

Me es importante hablar de espíritu lanusino, para ello fue necesario un maestro especial Levinas dice “no es tan importante el sujeto de conocimiento, sino como el hombre es con el otro” ¿Cómo era Mauricio con los otros y nosotros? Generador de climas, donde lo afectivo interpersonal, lo solidario comunitario, lo familiar, lo fraterno institucional y lo serio y efectivo del trabajo, eran mensajes que el que quería recibir, recibía. Nos enseñó a respetarnos y a luchar juntos. Eso nos hizo pioneros en muchos enfoques y especialidades.

No olvidemos la situación política en que el Lanús creció e hizo historia. La década del '60, ser originales, creadores y progresistas en ese clima social, era una proeza. Esto se entiende más hoy a la distancia, nos protegió y estimuló. Algo parecido nos

“Brindemos por el 35º aniversario del Centro Oro y por el desafío de ampliar nuestra capacidad de cuestionar, de transformar y de producir en función de lo que deseamos”.

Rosa Kononovich

pasó en Centro Oro.


Como vemos Lanús fue una “experiencia naciente” que aún desde el extranjero querían conocer, un acontecimiento histórico, no sólo un suceso, algo nuevo se generó en el campo de la salud mental. Cada uno siguió su camino individual e institucional. El Centro Oro es uno de esos caminos institución con aquel “sello” ó “camiseta”, como nos gusta diferenciarnos.

Porque “nobleza obliga”, termino diciendo que “el Centro Oro por nobleza hace este homenaje a un hombre que por ser especial hizo de su vida algo especial, los que estuvimos cerca y los que recibieron de lejos nos sentimos responsables de continuar y acrecentar los dones recibidos.

Gracias Mauricio!



Por Rosa Kononovich

 Este homenaje fue concebido como un reconocimiento a la creatividad y a la labor de un grupo de profesionales de la salud mental liderados por el Dr. Mauricio Goldenberg. Como hemos podido apreciar no nos quedamos sólo en la rememoración ni en la añoranza por lo hecho. Nuestras expectativas se vieron realizadas; lo que hemos vivido hoy, fue un acto de transmisión a las y los jóvenes que pueblan nuestra institución y nuestra Escuela de Clínica Psicoanalítica. Quisimos hacerles llegar, en especial a ellos, algo de ese espíritu de creatividad e innovación que se gestó en el Lanús y que cambió la concepción de la atención psiquiátrica y psicológica en nuestro país. Lo que allí sucedió fueron modos de una potencia inusual.

Es nuestro deseo, que lo que produjo el Lanús, los

mueva a ustedes en su propia potencia, en todo lo que se puede generar, innovar y crear cuando se enlazan deseo y trabajo.

Hace treinta y cinco años, porque este mes el Centro Oro cumple 35 años, un puñado de profesionales convocados por Octavio creó el Centro Oro inspirado en el modelo Lanús. ¿Qué podría tomar una pequeña institución privada de un hospital público nacional?

Toma y hace propias, en primer lugar, la vocación de servicio comunitario y el compromiso social que guiaban al quehacer hospitalario. Que los recursos que promueven la salud mental sean accesibles a todas las personas

Acepta y hace suya la concepción interdisciplinaria en los abordajes en salud mental, recibe en su seno diferentes modos de pensar y trabajar en la clínica, en la docencia y en la promoción de salud, corriéndose de los modelos hegemónicos y de los postulados autoritarios. Se abre a lo heterogéneo y lo múltiple permitiendo que convivan diferentes paradigmas. La diferencia promueve el diálogo, a veces difícil, entre sus integrantes pero garantiza la tolerancia y evita el aplastamiento de las singularidades teóricas y prácticas.

Muchas gracias por compartir con nosotros este homenaje. Los invitamos a nuestra casa a brindar por el trigésimo quinto cumpleaños del Centro Oro y por el desafío de ampliar nuestra capacidad de cuestionar, de transformar y de producir en función de lo que deseamos.



JORNADA ANUAL

Experiencia y transmisión.

A 35 años de la fundación del Centro Oro.

Celebramos el 35° aniversario de la fundación del Centro Oro.

Los miembros de nuestra Institución compartimos la experiencia de cada uno en el marco de un Centro que tiene las puertas abiertas a las diversas formas de pensamiento.

En palabras de Roland Barthes “*a través de la escritura, el saber reflexiona sin cesar sobre el saber...*” puesto que “*en la medida en que pone en escena al lenguaje engrana el saber en una rueda de la flexibilidad infinita*”.

Como hemos hablado de celebración que mejor que hacerlo por medio de escritura, “*que convierte al saber en una fiesta*”.



Por Mónica Rodrigo



Hemos pensado estas Jornadas bajo el sesgo de “*Experiencia y transmisión*” ya que el tema que nos convocó a trabajar a lo largo del año ha sido la transmisión de la experiencia.

Varias preguntas orientaron nuestro trabajo desde el comienzo: ¿Hay transmisión? ¿Cómo? ¿Se puede medir la transmisión? ¿Para qué transmitir? ¿Por qué?

Sabemos que *se le habla* al analista, al supervisor, al maestro, a la institución; *se habla para* pavonearse, para transmitir la propia angustia, *se habla...* y cada una de estas transmisiones son distintas porque las hay dogmáticas, abiertas, sacrificiales, fantasmáticas, locas; *hechas desde el deseo*: del analista, de figurar, de ser amado, de rechazo... *en fin variantes de la transmisión*.

La propuesta de estas jornadas pone de relieve, a nuestro entender, la rela-

ción entre teoría y práctica: *pensar la teoría sin la práctica* corre el riesgo de especulación, de repetición de un saber dogmático y *práctica sin teoría* tiene el riesgo de desconocer los supuestos con los que operamos, de restar importancia a la conceptualización de la experiencia necesaria para hacerla transmisible.

Hace 35 años se creaba nuestra institución: Centro Oro... durante el año realizamos un homenaje a Mauricio Goldenberg, ven aquí algunas marcas que dejó el evento en “Imágenes y Palabras” (colocamos una muestra de fotos del evento, intercaladas con palabras de los que intentamos decir algo durante el mismo).

Si bien muchos de nosotros no participamos de la fundación estamos hoy aquí intentando hacer propio algo de ese acontecimiento.

Cada vez nos encontramos con que la práctica anticipa a los conceptos en tanto ella siempre los desborda con la emergencia de lo nuevo y lo singular.

Este movimiento es un empuje constante, los textos que hoy se presentarán nos transmitirán cada uno, su hallazgo.



Transmitir la transmisión

Daniel Rubinsztein*

Introducción



Dice François Jacob, premio Nobel de Fisiología de 1965:

“La ciencia en estado de gestación presenta dos aspectos. Lo que se podría llamar la *ciencia diurna* y la *ciencia nocturna*. La diurna pone en juego unos razonamientos articulados como engranajes, unos resultados que poseen la fuerza de la certidumbre.

La ciencia nocturna, en cambio, vaga a ciegas. Duda, tropieza, retrocede, suda, se despierta sobresaltada. Cuestionándolo todo, se busca, se interroga, se corrige sin parar. Es una especie de taller de lo posible donde se elabora lo que se convertirá en materia de la ciencia (...) Como un prisionero en su celda, da vueltas, busca una salida, un resplandor (...) Nada permite afirmar que la ciencia nocturna accederá al estadio de ciencia diurna. Que el prisionero saldrá de la oscuridad. En cualquier momento, en cualquier lugar, como un rayo. *No es la lógica entonces lo que guía el espíritu, sino el instinto, la intuición. La necesidad de aclararse. El empeño de vivir, la escritura y la investigación parten del mismo punto: la creación de un mundo que fue visto por primera vez por la imaginación*”.

Muchos científicos no especifican en sus publicaciones formales de dónde obtienen sus ideas. De los sueños y otras formaciones del inconsciente, no existe la más mínima referencia en los trabajos científicos. Eso no se transmite. Pero en la “cocina” de las ciencias, encontramos ocultos tras los resultados: sueños, equivocaciones, accidentes. Justamente, son estos la materia prima, el asunto de los psicoanalistas.

* Psicoanalista. Prof. Adjunto de Psicoanálisis Escuela Francesa. Universidad de Buenos Aires. Autor de: “Psicoanálisis, una práctica imperfecta”. Eudeba. Buenos Aires 2000; “Modos de abstinencia”. Letra Viva. Buenos Aires. 2006.

¿Ciencia?

El psicoanálisis es la disciplina que comprueba aquello, que ya era preocupación de Goethe, de que hay territorios del saber que no son objeto de ciencia, aunque tengan que ser objeto de argumentaciones.

Popper, Nagel o Bunge, por citar únicamente unos pocos nombres, acusan al psicoanálisis de no ser científico: tan sólo una “pseudociencia”.

No puedo menos que darles la razón a estas críticas. Efectivamente, existen desde sus conceptualizaciones definiciones *a priori* (muy precisas) de qué es o debe ser la ciencia, de acuerdo a modelos preestablecidos.

Resulta evidente e indiscutible, a partir de estas conceptualizaciones sobre la “unidad de la ciencia” y de la postulación de un monismo metodológico, de un solo “método científico”, que el psicoanálisis no sólo no cumple ni siquiera con los mínimos requerimientos de “cientificidad”, sino que nunca los va a cumplir, hagamos lo que hagamos.

Según Klimovsky (2004)¹ para Popper lo que hace científica a una teoría es su capacidad de permitir deducir de ella consecuencias empíricas, lo que lleva a *predecir, explicar y planificar* acciones. Dice:

“Popper creía que el psicoanálisis no tenía estas características pero estaba equivocado, dado la estrecha relación existente entre las teorías, los principios y las prácticas terapéuticas que en ellos se inspiran, se deduce que de tal práctica terapéutica habrá tal y cual resultado. La interpretación es un instrumento de conocimiento con propiedades didácticas.

Una teoría, por el hecho de explicar pero sin predecir, no se consideraría suficiente para la credibilidad de la comunidad científica”.

El intento amable de Klimovsky de incluir a nuestra práctica en el campo de las disciplinas científicas con estos argumentos, le quita al psicoanálisis algo que le es intrínseco: un intenso y permanente asombro y la sorpresa tanto del lado del analizante como del analista ante algún dicho que quedara inscripto como interpretación, más allá de la intención. “Habrá tal y cual resultado” es una petición de principios que no concuerda con la dinámica de las sesiones. En nuestra práctica, la posibilidad de predicción está acotada fundamentalmente por una posición ética.

Considero que cuando el analista interpreta no explica el pasado, ni formula hipótesis a demostrar en el futuro. Su saber queda en suspenso, no es instrumental. No se usa objetivamente con el paciente porque una práctica en transferencia anula lo objetivo tanto como lo subjetivo. Entre significativo y

1. Klimovsky, G, *Epistemología y psicoanálisis*, Biebel, Buenos Aires, 2004

significante, entre analista y analizante se constituye el inconsciente de ese análisis, que, como la neurosis de transferencia, no pre-existe al análisis. *Los analistas sólo curamos aquello que hemos producido.*

No somos lunas! Si suponemos al hablante como sujeto eso implica que no se lo considerará calculable, predecible como las fases de la luna. Si no, ya no se trata de un sujeto, sólo de un objeto, como una luna cuya órbita es calculable. En nuestra práctica suponemos que *eso que se escucha quiere decir algo*, sin esa suposición, las palabras son ruidos que resultarían de un balance hormonal o de neurotransmisores. *Al suponer sujeto*, nos autorizamos a descifrar su mensaje.

Se trata de una suposición de base de la posición analítica. Hay una segunda: en eso que se dice, y que significa algo, hay además deseo y goce. O sea, que aquel que tenemos delante, no es un espíritu. Ese que habla además *tiene* un cuerpo.

No todo se agota en la determinación, tenemos la función del sujeto. Si no existiera el campo de la causa, o si la determinación se confundiera con la causa, lo que equivale a decir que la determinación sería suficiente, seríamos marionetas de un gran titiritero, y con nuestro destino prefijado. Todo estaría jugado. La vida humana sería meramente como el desarrollo de una partida de ajedrez... ya jugada. No somos lunas!

Una manera en que es preciso entender lo radical de la *función del sujeto* es que, por más determinaciones que haya -que las hay, sin duda-, la determinación es insuficiente. La causa es la razón de que la determinación es siempre insuficiente.

La escritura que desee transmitir nuestra práctica, debiera alojar una determinación insuficiente.

Un desvío

Afirmaba Freud, en una entrevista con G. Papini (1934): “Todo el mundo cree que yo me atengo antes que nada al carácter científico de mi trabajo, y que mi meta principal es el tratamiento de las enfermedades mentales. Es un error que ha prevalecido durante años y que he sido incapaz de corregir. Soy un científico por necesidad y no por vocación. Soy, en realidad, por naturaleza un artista y de ello existe una *prueba irrefutable*: en todos los países donde el psicoanálisis ha penetrado, ha sido mejor comprendido y aplicado por los escritores y los artistas que por los médicos (Le retorna el mensaje en forma invertida! - D.R.). Mis libros de hecho, se parecen más a obras de *imaginación* que a tratados de patología. He podido cumplir mi destino por una vía indirecta y

realizar mi sueño: seguir siendo un hombre de letras, aunque bajo la apariencia de un médico. (Recuerdo la cita de F. Jacob: “*El empeño de vivir, la escritura y la investigación parten del mismo punto: la creación de un mundo que fue visto por primera vez por la imaginación*”)

Transmitir la transmisión

Freud, *más allá de lo que pensaba estar haciendo*, (en el Proyecto afirmaba: “nuestra finalidad es estructurar una psicología que sea una ciencia natural”); estaba fundando una nueva práctica discursiva: un modo *sui generis* de pensar la relación sujeto-objeto, tan distinto a toda teoría del conocimiento. Un modo que incluía, en vez de excluir la subjetividad.

Lacan por su parte se refirió inicialmente al psicoanálisis como “ciencia por construirse”, luego como “ciencia conjetural”. Mucho más adelante lo consideró como uno de los cuatro discursos por él postulados (muy específico y bien diferente al discurso científico, al que ubica cercano al discurso del Amo o al de la Universidad). En las conferencias que dio en Estados Unidos (1975) le negó categóricamente al psicoanálisis el estatuto de ciencia definiéndolo tan sólo como “una práctica”.

La continuidad entre el modo de escuchar, el de interpretar y la manera de escribir un texto, plantea que en el psicoanálisis no sólo no hay ruptura esencial entre estas operaciones sino que la escritura está infiltrada, en un segundo tiempo, de los efectos de transferencia. El ensayo como ejercicio de escritura, tiene una solidaridad estructural con la manera argumentativa utilizada en psicoanálisis.

La metapsicología, nuestras consideraciones acerca de lo que hemos escuchado, y quizás dicho cada día, no nos ubica en algún lugar por fuera de lo que ocurre en las sesiones: contra transferencia, deseo del analista, son nociones que indican que no somos observadores externos de fenómenos. Nuestros ensayos, están hechos de modo fragmentario, señalando detalles, afirmaciones parciales, ejercitando nuestra docta ignorancia, sin llevarnos a conclusiones que cierren una pregunta.

El ensayo, entonces, es la escritura que posibilita interrogar al sujeto de la enunciación. Apunta a inscribir, con rigor, la ausencia de representación, la inexactitud, la sustracción del referente, la pérdida del objeto. *El ensayo es el modo conveniente de transmitir una convicción sin certeza.*

La escritura de historiales se somete a la pérdida. Hay una distancia entre lo que se escucha en una sesión, las notas posteriores que el analista registra, y

la redacción definitiva. Se argumenta (y es necesario hacerlo porque no se trata de una práctica inefable) a partir de lo inexplicable de un caso: la escritura se desplaza, se aplaza se difiere se reescribe. En los historiales las epicrisis pliegan al texto sobre sí, intentando ensayar una re-lectura de los obstáculos que durante el análisis, y en medio de las tormentas transferenciales, aún no podían desentrañarse. Para volver a plantear desde otro lugar, y en otro tiempo, los problemas acuciantes de la dirección de la cura.

Las afirmaciones que intentan conceptualizar, argumentar nuestra práctica mantienen una distancia con ella. Los conceptos, en su generalidad, sólo adquieren potencia en la singularidad de cada caso. Es decir que el analista se olvida de estos conceptos, de su potencia, del saber previo que otorgan en el instante de la interpretación. No *aplica*. Los conceptos han servido para dejarse tomar por lo que discurre en la sesión y en el interior de la neurosis de transferencia, en el estado en que se halle: y a posteriori habrá sabido hacer o no, callarse o decir. El saber habrá estado en suspenso.

El objeto del que se trata en el psicoanálisis se “resiste” a quedar atrapado en algún concepto, y los conceptos se sustraen permanentemente a nuestra comprensión.

En nuestra práctica estamos a la intemperie, en un desierto sin dioses.

Es necesario distinguir discurso analítico, de teoría analítica. Porque la teoría analítica aparece como una reflexión de segundo grado (como un metalenguaje, que dice algo de lo que sucede en la sesión, una observación). En cambio cuando hablamos de discurso subrayamos las marcas enunciativas: el discurso del psicoanálisis es el texto del analizante leído en el marco del deseo del analista, que no se desentiende de los efectos de sujeto (desvíos, desfiguraciones, paradojas, etc.) que se ofrece a la lectura. El discurso del psicoanálisis le “agrega” a la teoría psicoanalítica algo de la experiencia del análisis y de su transmisión. Es un saber “contaminado”.

El analista podría ensayar no elucubrar sobre el inconsciente sino que sus efectos palpiten en la escritura: la discordancia entre decir el acto y el acto de decir.

De los análisis resultan a veces, nuevos analistas. El análisis es la única condición infaltable en la transmisión: un analista se produce por la experiencia de su propio análisis. No hay transmisión sin análisis del analista.

Es lo que los analistas de las más diversas filiaciones tenemos en común, lo que nos sigue distinguiendo de cualquier práctica “científica”, la razón por la que muchos epistemólogos nos repudian a todos por igual.

Nuestro fundamento es estar atravesados por los efectos del inconsciente, y, antes que académicos formados en el estudio de una disciplina científica, somos practicantes de una *praxis* para cuya formación, lo nuclear -núcleo al que

necesariamente se subordina el resto- es la experiencia de haberse sometido a esa misma *praxis*, y consecuentemente llevar puestos sus efectos de ahí en más.

Por eso podemos decir que el pasaje de analizante a analista es una vicisitud *contingente* del recorrido de un análisis, de modo que no podemos convenir al respecto más que en un enunciado negativo: *no hay analista que no resulte de un análisis*.



Heidegger y la transmisión de la tradición

Eduardo P. Osswald*

Introducción



Todo filósofo tiene el propósito de refundar la filosofía, de establecer al pensamiento en el origen y desde allí *transformar* lo cotidiano, de modo tal que en éste se nos vuelva *familiar* el origen y, por ende, hacer que nuestra vida habite sólo sobre lo auténtico. Dice Novalis: “La filosofía es, en realidad, nostalgia, un impulso de estar en todas partes en casa¹”. De estar bajo un “*tiempo* propicio” si evocamos en la palabra “tiempo” una templada cercanía con lo que *subyace* y todo lo abarca, como dice Hölderlin o “ser el *mé-dium* de fuerzas poderosísimas” como estimaba Nietzsche a esa cercanía. La obra de Heidegger de 1927 *Ser y tiempo*, puede ser vista como una transfiguración, algo monstruosa por cierto, de esa anhelada familiaridad. En ella se descubre que la historia de la filosofía es la historia de una omisión, la historia desplegada a partir de la pregunta por el ser, no cabalmente formulada y de la respuesta, que –a su vez- exhibe una peculiar mutación: *ver* cómo el ser se va ocultando y mostrando, de *mucha maneras*, en un ente, a su *tiempo* privilegiado: las ideas de Platón, el dios de Aristóteles, la voluntad de poder, son entre otras, las diferentes formas que ha adoptado la respuesta; en otros tér-

* Profesor de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Filosofía en 1983 de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; Profesor Adjunto en la cátedra Elorza en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Lomas de Zamora; Jefe de Trabajos Prácticos en la cátedra de Tomás Abraham del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires; Adjunto en Historia de la Filosofía Contemporánea II en la carrera de Filosofía de la U.C.E.S.

1. Novalis, *Schriften*, Ed. J. Minor. Jena, 1923, vol. 2, p. 179, Fragmento 21. Citado por Heidegger, M., *Los conceptos fundamentales de la metafísica. Mundo, Finitud, Soledad*, Alianza Editorial, Madrid, 2007. Trad. Alberto Ciria, p. 28.

minos, se ha preguntado por el ser y se ha respondido con un ente considerado eminente: a la vez fundamento y principio orientador.

Un paso atrás

Heidegger explicita aquel propósito de reiterar la pregunta fundamental; es un camino que puede ilustrarse como *un paso atrás*, aunque en el orden de la fundamentación; de hecho, la búsqueda se desliza hacia Grecia. La tarea se centra en exponer y disolver lo que *enrareció*, en el despliegue de la filosofía, aquella revelación, aquella *luz griega* que hoy se muestra brumosa: Ser, ente, concepto, intuición, reflexión, teoría, sabiduría, etc., son los conceptos con los que la tradición nos *instruyera* para dirimir las cuestiones supremas. Vislumbrar, *a través* de esos conceptos, una *historia no contenida* en ellos, es el trabajo crítico de discernimiento y separación, de despejamiento; una deriva a través de las palabras, una *segunda navegación*, que nos acerque a la experiencia griega del pensar y con ella otorgar luminosidad y color a la palidez espectral del presente. No se trata de buscar en lo originario lo verdadero, ni de una indagación fundada en la nostalgia; se trata de ver *otra vez* aquel origen, pero con la *asistencia* de la tradición en nuestra *mirada*, tradición que no es algo *pasado*, sino algo que, propiamente, nos viene al encuentro. Recobrar ese origen, con la clara convicción de que no habremos de reproducirlo, y disponerse a un nuevo comienzo para el pensamiento, para la vida; ahí está nuestro asunto, aquí nuestro problema, ¿cómo estar a la altura del compromiso? ¿cómo hablar de lo *descubierto* con y a través de la tradición?

Lo que conduce a Heidegger es una impresión juvenil: la que le produjo la lectura de la obra de Franz Brentano sobre Aristóteles: *Del múltiple significado del ente según Aristóteles*; ¿habrá un modo único de formular tal multiplicidad?. Es la pregunta que orientará su filosofía; será lo que lo llevará a las *Investigaciones Lógicas* de Husserl, obra en la que encontrará valiosas indicaciones al inicio de su búsqueda. Heidegger había por dos veces intentado ingresar en la carrera sacerdotal y por enfermedad debió abandonar el seminario; había estudiado cuatro semestres de teología, y luego, dedicado decididamente a la filosofía, se doctora con una tesis sobre el psicologismo. A la *altura* de las nombradas *investigaciones lógicas* la fenomenología era un método y una convicción, la de oponerse al psicologismo, que pretendía fundar la lógica en la psicología; como método, estaba asentada en el descubrimiento, debido a Brentano, de lo que Husserl considera el modo de ser de la conciencia, la intencionalidad, que es el ejemplo de un concepto que exhibe clara y distintamente

la *legalidad* del comportamiento de un “ente” eminente: la conciencia; de la *mano* de la intencionalidad, Husserl descubre un nuevo e inconmensurable ámbito de indagación. La convicción fenomenológica reside en *dejar* que las cosas se muestren dentro de los límites que *impone* su propio *darse*; el filósofo debe suspender sus creencias, las ciencias callar, el alma sumirse en la cosa y dejar que la cosa misma hable, de modo que pueda ser descripta en su puro *darse*; esta actitud puede ilustrarse como una búsqueda *segunda* inocencia que, sin embargo, no es algo espontáneo sino un fruto difícil; exige una conversión de la mirada y un entrenamiento reflexivo, que excede el asunto técnico-filosófico

Fenomenología de la religión

A Heidegger, inmerso en la *disciplina* fenomenológica, le es *encomendada* la fenomenología de la religión, ya que Husserl “... iba repartiendo entre sus más avezados discípulos [la indagación] de regiones particulares de la realidad²”. Estudia por eso a Lutero y presta especial atención al *vitriólico* ataque del monje contra el “pagano y mentiroso” Aristóteles³, quien es cómplice, en connubio con “esa prostituta, la razón”, de la corrupción del cristianismo medieval, cuya forma genuina es (otra vez) la del origen; el interés por el primer cristianismo va unido, entonces, a las invectivas de Lutero y, por ende, a la necesidad de *descubrir* en Aristóteles mismo la fundamentación de esos corrosivos ataques. Como quien en un viaje decide detenerse en medio del camino y se queda, sin embargo, *allí* establecido, Heidegger pensaba pasar por Aristóteles en su deriva hacia la investigación *fenomenológica* de los principios que sostienen la vida del primer cristianismo, y se *descubrió* sumido en el pensamiento aristotélico; algo ocurrió en el camino⁴. Externamente, Heidegger descubre sugestivas coincidencias entre el Libro VI de la *Ética a Nicómaco* y su propia investigación fenomenológica, así como la posibilidad de formular un pensamiento capaz de estar acorde con la vida misma, sin las reconstrucciones formales de la fenomenología, tal como lo ve en Aristóteles. Cabe agregar que tal vocación científica viene del mismo Husserl, quien comenzó a investigar *cómo* la conciencia, que siendo en todos los casos la de “cada uno”, sujeta a una historia particular, puede, sin embargo, arribar a un conocimiento que se au-

2. Heidegger, M., *Introducción a la fenomenología de la religión*, FCE, México, 2006, Trad. de Jorge Uscatescu, p. 11.

3. Cfr. Kisiel, T., *The Genesis of Heidegger's Being & Time*, University of California Press, Berkeley, 1993, P 228 y ss

4. Cfr., Kisiel, p 228.

to establece, como el matemático, sin ingrediente sensible alguno, además de asentar verdades indiferentes al tiempo. Esas verdades surgen en algo que está en el tiempo, como sin duda lo está la conciencia. Allí encontró un enigma, esto es, un estímulo y fue lo que lo llevó –también- a Brentano; en él pudo encontrar una fundamentación del ser de la conciencia que no derivase de las ciencias naturales: la conciencia *pertenece* a un orden autónomo del ser, regido por una legalidad propia y que además es *cognoscible* a través de nociones originales, que mostraron claramente su eficacia en el desarrollo de la *disciplina* fenomenológica, dando la posibilidad, como suele decir Heidegger, de *trabajar* en filosofía.

La Epístola de Pablo

Bien, regresemos al Heidegger sumido en el primer cristianismo, dice San Pablo en una de las Epístolas a los tesalonicenses: “No hay necesidad, amados hermanos, de que os escriba por lo que hace al tiempo o la hora, pues vosotros mismos sabéis con certeza que el día del Señor llegará como un ladrón en la noche”. La *segunda venida* es lo que llegará “como un ladrón en la noche”, como algo indisponible, lo que uno no puede prever, sino sólo estar preparado, y esto significa una vida atenta, sin *diversión*, una vida inmersa en su propia tensión, una vida que no puede ser objetivada; esto implica que el mismo advenir de la vida aspira a su propio cumplimiento y no admite cálculos ni compromisos cronológicos que la aquieten sobre seguridades que *intenten* eludir el propio carácter indisponible de su advenir. El mundo del cristiano *se impone* de tal modo al *tiempo* que es capaz de trastocar radicalmente las tendencias de la vida⁵. Ahora bien, ¿es la disciplina fenomenológica la que hizo presente al joven filósofo el carácter de *indisponibilidad* de la vida en los primeros cristianos, su vocación de *fundirse* en el tiempo mismo y no doblegarse ante ninguna *solicitud externa*? La revelación fue *acompañada* por la *disciplina*, pero no parece algo *surgido* a través de tal disciplina; Heidegger le hizo *otras* preguntas a la experiencia cristiana, algunas que no estaban contenidas en el *canon* fenomenológico.

Esta *revelación*, decíamos, no es “fruto” de la *fenomenología*, sino de la búsqueda de Heidegger, para quien la disciplina es sólo un instrumento, el *cómo* de la investigación. La fenomenología propone un modo ejemplar de tratar con el ente: supone que éste se devela en la teoría, que su modo primario de darse es el de *presentarse* ante la mirada atenta del espíritu, alumbrada por

5. Cf. Berciano Villalibre, Modesto, *La revolución filosófica de Martin Heidegger*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, P. 20

las nociones arquitectónicas de la *disciplina* y explicitado a través de la conceptualización y la reflexión: *éste es el procedimiento* que expone al ente en su verdadera forma. Por el contrario, sostiene Heidegger, nunca el método fenomenológico develaría en la *Epístola* de Pablo el carácter *fáctico* de la vida humana ni tampoco la insoslayable tendencia al ocultamiento (a lo que se alude como búsqueda de lo estable y tranquilizador) que anida en el carácter mismo de la vida humana; ni siquiera *puede* ocuparse la fenomenología de poner a la luz su noción fundamental, la intencionalidad.

La interpelación aristotélica

Aquí es, conjeturamos, recibe la *interpelación* aristotélica. Cuando se propone dar cuenta de la vida sin convertirla en objeto, cuando elude la *reflexión*, que siempre es una mirada hacia algo *pasado* y, por lo tanto, algo especulativamente reconstruido; Heidegger juzga todos esos procedimientos como derivados de la ciencia que —como diría algunos años después— “no piensa”, en el sentido de que no se ocupa de qué sea aquello que la *hace* ver. Su *eficacia*, no está en directa relación con la verdad. Y lo que nos hace ver resulta ser un precipitado de nociones que *ciegamente* nos asisten y que no han sido, en lo que hace a la filosofía, críticamente establecidas; en otros términos en la experiencia vital no experimento el *modo de experimentar*: la que debiera ser la más desconfiada de las disciplinas resulta ser ingenua: no ve con lo que ve. Es Kant, quien se dio claramente cuenta de que no se puede fundar “un objeto sobre otro objeto”, que es necesario desplazarse hacia una instancia dadora de sentido (no de otro asunto trata la filosofía trascendental). Lo que Heidegger descubre en Aristóteles, por otra parte, es un privilegiado lugar de observación, *desde* el cuál ver como la tradición se funda, difunde y altera, esto es, se transmite.

Destrucción

En *Ser y tiempo* Heidegger llama a este trabajo, *destrucción*, término que hay que entender como desmontaje; la analítica del “ser del hombre” es la prope-
deútica del pensamiento sobre el ser y tiene como tarea ocuparse, en parte, de la tradición. Las nociones legadas por la tradición se muestran como el resultado de una espontánea *sedimentación* que oscurece su sentido original; tal destrucción es, en realidad, un trabajo de discernimiento, una *crítica* que, como dijimos, supone una *segunda navegación*, una deriva a través de las pala-

bras: descubrir qué experiencia no dicha se oculta en las palabras fundamentales de la filosofía y que exhiben aquella *luz griega* a la que aludimos al inicio. Esto, más allá de la imagen, es que en Grecia es donde se preguntó por el ser, sobretudo a través de Heráclito y Parménides; ellos muestran cómo el griego se expuso a la totalidad y la puso en palabras. Dice un coro de la tragedia Antígona: “Muchas cosas son *pavorosas*, nada más pavoroso que el hombre”; *verdad*, en griego se dice: *Alétheia*, que equivale a desocultar; agreguemos que la palabra traducida por “pavoroso” es *deinós*: lo que sobrepasa y por eso sobrecogedor; en el coro el hombre es la *brecha* que manifiesta al ser⁶, el hombre, siendo el que desoculta, resulta en Sófocles, lo *desmesurado*, porque no hay medida que *regule* tal revelación ni razones que la expongan, y es por eso que no hay posibilidad de encontrar palabras que alberguen-custodien, tal experiencia. El camino que se siguió a la definitiva declinación griega, no pudo ya atender lo que sostiene a lo dicho; esa *experiencia* griega trasluce que hay algo enigmático en el hombre en tanto que por el solo hecho de existir acontece esa –como llamarla– transfiguración del ente, ese poner en libertad, ese sacar de la opacidad a las cosas.

La Ética a Nicómaco

Ese inicio de la *luz griega* es lo que Aristóteles articula y concluye en su obra, es a ésta a la que Heidegger accede *al pasar*. En la *Ética* a Nicómaco, dado el caso, Heidegger descubre que en la determinación y clasificación de las virtudes *dianoéticas*, pueden encontrarse insospechadas revelaciones. Es casi una convicción, por ejemplo, que la “verdad reside en el juicio” y se atribuye esa declaración a Aristóteles, como así también, la trajinada adecuación entre el “intelecto y la cosa” que da lugar a la teoría de la copia; Heidegger descubre que ésa es una inadecuada traducción (interpretación) de la palabra *Alétheia* y de la palabra *lógos*. En lo que dice Aristóteles no hay nada que refiera a juicio (*lógos*) y tampoco puede aventurarse “adecuación”; sí entender el verbo *Aletheuein* como custodiar el *ente* en cada caso mentado y, como tal, tenerlo en calidad de desvelado⁷. Podemos multiplicar los ejemplos de estas *adulteraciones* en apariencia inocuas, pero que de un modo decisivo nos alejan de la experiencia griega y, por tanto, de la posibilidad de un encuentro genuino con las palabras con las que tratamos de *sostener* al “ente en su ser”. Aquí se abre otro problema decisivo;

6. Cfr Heidegger, Martín, *Introducción a la metafísica*, Gedisa, Barcelona, 1993, Trad. Angela Ackermann Pilári P. 150

7. Cfr. Heidegger, Martín, *Interpretaciones fenomenológicas sobre Aristóteles. Indicación de la situación hermenéutica. Informe Natorp*, Editorial Trotta, Madrid, 2002, P 63, Trad. Adrián Escudero.

hacer frente a esa epifanía del ser no es un problema intelectual, sino un desafío para el que no se tienen suficientes fuerzas; la filosofía para Heidegger no tiene ya esa posibilidad. Es por eso que la pregunta por el ser se *trasladó* de la indagación por el ser del hombre al ser mismo; este deslizamiento lo condujo a escuchar otras voces que las de la tradición. Es en la poesía de Hölderlin donde encontrará un modo auténtico de nombrar; dice Hölderlin, prematuramente “arreatado por sus dioses bajo el amparo de la locura”: “Nosotros los *actuales* [...], ciertamente somos *muy expertos*, en el sentido del conocimiento científico, pero en medio de ello hemos perdido la capacidad de percibir las cosas, la naturaleza y las relaciones humanas en su plenitud y vitalidad. Hemos perdido lo *divino*, lo cual significa que el *espíritu* se ha retirado del mundo. [...] Nos hemos convertido en una *generación astuta*, que incluso se siente orgullosa de poder ver las cosas desnudas. Y así ya no *vemos* la tierra, ya no *oímos* el sonido de los pájaros, y se ha *secado* el lenguaje entre los hombres.”⁸

Conclusión. Iluminar, desocultar, custodiar: transmitir

Pero esto no implica el abandono del pensamiento, sí de la metafísica. Se requiere de otro lenguaje y de un pensar que pueda despojarse del pensamiento metafísico y que, como dijimos, piense *desde* el ser. Esta variación del punto de vista no es para Heidegger un cambio en su pensamiento, sino un desenlace dependiente del *asunto mismo*, es el movimiento mismo del pensar el que lo condujo a la poesía, como forma *adecuada* de decir. Pero, más allá, de las oscuridades y perplejidades presentes en toda su obra, esta nueva mirada no debe interpretarse como un repliegue hacia un *ya no poder decir*. Por el contrario, este encuentro permite nuevas e inesperadas posibilidades del pensar. Ocurre que la pregunta por el ser no es un ejercicio intelectual sino un llamado a la *conversión* de la existencia humana, que se descubre como el lugar, el *ahí*, donde *todo* se presenta. Es por eso, que palabras como *custodiar*, *desocultar*, *iluminar*, con las que Heidegger nos abre a la experiencia griega del pensar y a las que redescubrió en su transitar aristotélico, pueden ser camino y medida, esto es, buscan disponernos a un temple anímico que fue, siguiendo a Platón y Aristóteles, el asombro, la vivencia de lo asombroso: que el ente es, que las cosas son, y que están a la espera de una voz que las nombre, esto es, las ilumine, desoculte, custodie y transmita.



8. Safranski, *op. cit.*, p. 335.

ASISTENCIA

Por Dirección de Asistencia



Brindar asistencia en salud mental a la comunidad es uno de los ejes fundamentales del Centro Oro.

El Centro recibe consultas espontáneas ó por derivación. Ofrece a quién consulta, una entrevista informativa que realizan miembros titulares de la institución.

En ese breve espacio se informa no sólo qué es el Centro Oro, su trayectoria, su trabajo, también se escucha a quien viene a buscar una respuesta a su preocupación, a su conflicto.

Es asimismo un marco para orientar a quienes no pueden ser atendidos a través de nuestros dispositivos, señalando así, para ellos y para nosotros algún límite imprescindible.

Luego de esta entrevista, se le ofrece al consultante una admisión, donde una escucha más prolongada y específica se concretará en una propuesta de tratamiento y una derivación, a un terapeuta ó a un equipo.

De los numerosos factores que se tienen en cuenta, el decisivo apunta a la posibilidad de realizar una derivación que propicie la transferencia a la Institución y a la terapeuta.

El Centro Oro cuenta con un Plan de Extensión Asistencial (PEA), desde hace más de 20 años, con el fin de brindarle la oportunidad a diversos sectores de la comunidad que requieran tratamientos calificados con honorarios accesibles.

En los distintos Departamentos y Equipos citados en las páginas siguientes, miembros del Centro Oro se reúnen, comparten lecturas y experiencias, sostienen sus intereses.

En los equipos, por la naturaleza del problema, el abordaje es interdisciplinario.